

FICCIONALES

Revista de creación

JUAN RULFO

Ángel del Río Rodríguez
Ramón Acevedo Arce
Miguel Salvioli | Maya Chalez
Fran Nore | Víctor M. Campos
Miguel Olvera | Paulina Flores
Elsa Sánchez | Sandra Galarza
Jeanette Rodríguez | Vivi Page
Mariano Montero | Iris Alfonso
Yuleisy Cruz | Francisco Carrillo
Zuzietl Roblero | Sofía Rangel
Julio Güemes | Vadurro Celina

año 1, número 3



Contenido

05 Presentación

Poesía

- 10 **Celina Vadurro**
 Universo Rulfo
- 11 **Jeanette Rodríguez**
 Sumergidos en la ficción
- 12 **Yuleisy Cruz**
 El camino de Juan Preciado
- 15 **Fran Nore**
 Fustigador de la gleba
- 16 **Paulina Flores**
 Veo a mi madre...
- 18 **Sandra Galarza**
 Camille
- 20 **Maya Chalez**
 Auténtico legado

Narrativa

- 24 **Vivi Page**
 Los oigo, Juan
- 27 **Víctor M. Campos**
 Macaria
- 31 **Elsa Sánchez**
 El funeral

- 36 **Sofía Rangel**
Más allá
- 38 **Francisco Carrillo**
No oigo ladrar los perros
- 42 **Miguel Olvera**
Los murmullos de la tierra
- 51 **Zuzietl Roblero**
El pueblo llamado Infierno
- 59 **Fran Nore**
La peste del tiempo
- 65 **Iris Alfonso**
La viuda
- 73 **Miguel Salvioli**
La entrevista
- 75 **Mariano Montero**
Murmillos en Barrero Grande
- 84 **Julio Güemes**
“Acepto ser tu espía...Luvina”

Artículo

- 100 **Dctr. Ángel del Río Rodríguez**
Pensando en Comala: discursos sobre el recuerdo y la memoria, a través ed las voces de los espectros de Rulfo

Ensayo

- 118 **Ramón Ángel Acevedo Arce (Rakar)**
Viaje al Luvina de Juan Rulfo

Equipo editorial

Dirección

Luigi Ancajima Coyla

Edición y corrección

An Escribes

Sybil8

Diseño y diagramación

Luigi Ancajima Coyla

Fotografías

Ramón Ángel Acevedo Arce (Rakar)

www.elviajederakar.travel.blog

www.elviajederakar.cl

www.ficcionales.com

contacto@ficcionales.com

Facebook / Instagram: @ficcionales

Presentación

La cantidad de textos que recibimos para esta edición superó por completo las expectativas. Fueron más de treinta propuestas (la mayor cantidad de correos que hemos recibido hasta la fecha), de entre las cuales se tuvo que elegir las que más se ajustaran a la temática de la revista.

Nos alegra ver la variedad de países desde donde nos escriben, porque estamos cumpliendo uno de los objetivos propuestos en Ficcionales: que los autores publicados aquí puedan traspasar sus fronteras.

Para el tercer número se ha elegido al escritor mexicano Juan Rulfo, precursor del realismo mágico. Su legado literario sigue influyendo a muchos escritores en la actualidad, no solo por las formas en las que logró acercarse a temas como la muerte y a la reflexión humana, sino también por abordar problemáticas socioculturales que, como veremos en los textos de esta edición, parecieran no haber cambiado mucho a través de los años.

Luigi Ancajima Coyla
Lima, Perú, octubre del 2021

Servicios editoriales

www.ficcionales.com

+51 960566739



- CORRECCIÓN DE ESTILO
- DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN
- ASESORÍAS DE ESCRITURA

¡Llevemos tu libro al siguiente nivel!

Descuento válido del 01/11/2021 al 31/12/2021

Poesía

Foto: Ramón Ángel Acevedo Arce (Rakar)



Universo Rulfo

Celina Vadurro
La Plata, Buenos Aires

Imaginado universo
Donde cohabitan lo misterioso y real
Voces que hablan
Y reconstruyen el pasado.

Aldeanos y difuntos
en un mundo arruinado
por la miseria.
Visión desesperanzada del mundo.
Injusticias retratadas
Encerradas en la memoria de un tiempo
Y en los estragos
de la Revolución Mexicana.

Sumergidos en la ficción

Jeanette Rodríguez
Cayey, Puerto Rico

Los dedos se muestran fatigados,
frágiles corrientes se abren en las ficciones.
Ecos precisos formando los labios.

En el fondo del inasible centro
estamos dormidos,
sumergidos en la irrealidad.

Retornando para elegirnos en las profundidades
de las sombras húmedas.

Posando dormidos en el agua,
silenciando la ficción que somos frente al espejo.
Sumergidos en la irrealidad
de las letras, el agua dormida
y los espejos ocultos.

El camino de Juan Preciado

Yuleisy Cruz
Bolona, Italia

Camino hacia la Comala,
en mis raíces sumergido,
como un hombre que resiste al olvido,
toco a cada paso espectrales sustancias,
en busca de un padre
consumo distancias
entre el Edén eterno; que recordaba mi madre
y la ciudad perdida que dejó mi padre.
Veo almas que vagan en esta tierra quemada,
me han dicho que mi padre está muerto
y junto a él se murió todo el pueblo.
En esta ciudad no mía,
vivió Pedro Páramo: hombre oscuro,
de alegórica avidez humana.
Fue un hombre que no tuvo espejos
y se tragó su misma pobreza,
cumpliendo el destino de asomarse
a la sucia empresa
de usar el poder para extinguir un pueblo.

Este hombre, que no recuerdo,
era mi padre,
rico propietario de la hacienda Media Luna
que hizo fortuna
levantando voces de fantasmas,
narraciones de difuntos,
murmullos desde el pasado
que caminan a mi lado,
por estas calles donde no quedan lágrimas.
El camino es una frontera invisible
y yo desagrado asumo una verdad imposible
en esta ciudad que se asemeja a un sudario.

No puedo sobornar al tiempo que camina,
que se arrastra en el cuerpo
como un soldado de la muerte,
cumpliendo su oficio en las horas.
Las horas se pierden
en una marcha de polvo
sobre el polvo enlutado
que sacude la edad de las moscas,
abrazadas a los fantasmas.
Mi viaje sigue entre la vida y la muerte,
exploro esta tierra ahora árida,
donde mi padre muere mil veces.
Mi padre muere viejo, solo y deshecho
como una piedra que se desploma
en un mundo paralelo a estas calles.

Y yo aquí,
intento equilibrar el abismo de los años,
sintiendo en la nuca
el aliento gélido del diablo,
converso con los muertos,
no sé si estoy vivo,
he caminado demasiado
para salvarme.

Futigador de la gleba

Fran Nore
Caldas, Antioquia, Colombia

Marea ciega y sorda, intangible, donde no respiro
alharacas de humus en la piel
su macilento errar aqueo cabalga
destroza las eras donde nacimos como perros
su tributo apremia raciones de pan magro
las eternidades del hambre presto
vuelven a ornamentar las mesas pútridas
con sus hedores, sus vapores enteleridos
aromatizan las marchas desbocadas. Júntame
de balidos y estertores, a las yeguas en la pradera,
ovejas, cabritos y terneras, la carne del ganado se encabrita
domesticada. En pleno agite sucumbo, transgredo,
refino mi valiente postura de hijo campeche,
de cornudo opresor,
de fustigador de la gleba...

Veo a mi madre...

Paulina Flores
Ciudad de México, México

Veo a mi madre—
Y a las mujeres que me hicieron—,
Sus manos, cuarteadas por los años,
Por el trabajo de amasar
Y moldear a la familia,
Por echar al comal
El maíz que daba sustento,
Por prender el fogón
Con las manos al fuego.
Las veo respirar los humos
Que las matarían por dentro,
Tras muchos años.
Veo el coraje en sus ojos,
La mano extendida—
Exígele lo nuestro—.
Nosotros, los hijos que
Pedían y pedían, sin devolver nada,
No sabíamos de sacrificios
Ni lo que significaba
Aguantar al hombre:
Servirle, atenderlo.
Perdonarlo.

He aquí la mujer,
Esta es mi madre.
El olvido en que nos tuvo, mi hijo—
Quizá no pretendía odiar,
Quizá nunca lo odió—,
cóbraselo caro.
Pero después de mucho rogar
Por las migajas del afecto ajeno,
Su cariño se esfumó
Y salió por las puertas,
Las ventanas
Y las rendijas todas,
Cual humo.
Todo consiste en morir,
Me pareció oír decir a mi madre,
O a la madre de otro.
Dios mediante,
Razonó, y tenía razón,
cuando uno quiera y no cuando Él lo disponga.

He ahí,
Al final del camino,
Mi madre—
Y las mujeres que me hicieron,
Mujeres que vivieron en el humo,
Respiraron el humo,
Y murieron por el humo—
O, si tú quieres, forzarlo a disponer antes de tiempo—.

Camille

Sandra Galarza
Sangolqui, Ecuador

Ella era la noche
en el firmamento,
la estrella
el rayo luminoso.

La chiquilla
que se deleitaba
con los maternos abrazos
y los arrullos de papá.

La niña hermana
compañera,
apasionada guerrera
sahariana revolucionaria.

Ella era la mujer madre
la tierra fértil,
la dadora de vida,
semilla de guayaba.

La trovadora ilusa,
con la esperanza
de cambiar al mundo
solo con amor.

La escritora... Era ella
quien conjugaba los verbos
amar, reír, cantar, llorar,
luchar, querer y soñar.

Ella la cantautora
la voz sublime,
la libertad
la magia blanca.

La estrella fugaz
en las dudosas memorias
¿Dónde estás?
¿Cuál jardinero atrapó tu vuelo?

Auténtico legado

Maya Chalez
Villavicencio, Meta, Colombia

En el llano en llamas
está su esencia misma,
de escritor solitario
y letras misteriosas
que con grandes virtudes
dejó para la gloria
inigualable clásico
al mundo literario.

Insertados sus versos
lentos de melodías,
describen a Comala
entre bellos suspiros,
sembrados de nostalgias
entre llanuras verdes,
fingiendo un paraíso
que de infierno se cubre.

Pedro Páramo
lo elevó por los cielos
del mundo consagrado
la gran obra maestra,
literatura latinoamericana
que recuerda por siempre
su auténtico legado.

Literatura más allá de los libros



Narrativa

Foto: Ramón Ángel Acevedo Arce (Rakar)



Los oigo, Juan

Vivi Page
Puebla, México

Los oigo, Juan, claro que los escucho. ¿Tú también? ¡Cuánta razón tenías! Es tal cual lo describiste. Deja que encienda un cigarro, el cansancio apenas me deja respirar pero he de disfrutar este momento con un poco de nicotina en mis pulmones.

Ahora sí, deja que te cuente. Empecé el viaje porque me dijeron que acá podría encontrarte, ¡y vaya que te encontré! Pensé que no te llegaría a ver. No solo yo lo creí, todos me lo decían, que nunca te encontraría, que estaba loca, que entre tanto libro ya había perdido la cabeza como el Quijote. Pero yo no me rendí, caminé durante horas. De milagro no me duelen los pies. Ya me estaban fastidiando, estaban hasta sangrando y ahora ya no. A lo mejor porque estás aquí, por la emoción se me olvidó hasta el dolor.

Sí caminé demasiado, cuando ya estaba a punto de rendirme vi a lo lejos la Media Luna, eso me dio esperanza. Un par de kilómetros después escuché a los perros y sonreí porque supe que ahí estarías.

Hacía tanto calor, Juan, también por eso me iba a dar por vencida. Además, todo está seco, no hay vida. Me imaginaba que escucharía por lo menos a los muertos, pero allá, de ese lado, no escuchaba más que mis pensamientos. Luego llegué aquí, acalorada y con ampollas en los pies, esto parece el infierno, Juan, ¿de verdad aquí vives?

¿Dónde estará el cielo? por más que he caminado, leído y escrito no he logrado conocerlo, al menos te localicé a ti, con eso es más que suficiente.

Había buscado tanto, mi madre te lo puede contar, si un día la conoces, ella te dirá lo mucho anhelaba escucharte, aunque míranos, no te he dejado decir ni una palabra. Discúlpame, ando muy nerviosa. Primero te platico yo unas cosas, ya luego me hablarás y harás el favor de contarme uno de esos cuentos que tanto me gusta escuchar en tu voz.

Sí, mi madre te puede contar todo, ella lo vio. Mi papá nos dejó una noche de agosto, ni siquiera esperó a que pasara la lluvia, en plena tormenta salió por la puerta que ya nunca volvió a usar. Se llevó su ropa y varias cosas y mientras se acercaba a la salida, la mujer que nunca dejó de ser su esposa lloraba en silencio. Mis ojos vieron en el viejo librero

un título al lado de tu nombre, Juan, pensé en gritarle a mi padre que se estaba olvidando del libro que tantas veces hojeó, pero me detuve, quién sabe por qué. Desde entonces nunca deje de leerlo. Desde aquel día no había dejado de buscarte, hasta ahora.

¿Oyes ladrar a los perros, Juan?, ¿por qué puedo oírlos yo también?

Macaria

Víctor M. Campos
Querétaro, México

Estoy sentada frente al espejo esperando a que me salgan las canas. La otra noche, mientras cenábamos, mi madrina me encontró una en el fleco. Dice que no hay nada peor que le pueda pasar a una mujer. Ella se las tiñe con esos rojos que tanto le gustan. Mi cana es blanca o más bien como plateada. Menos mal. Las canas amarillas le dan asco a mi madrina. Eso dijo mientras fruncía la boca y me la arrancaba con unas pinzas.

Felipa dice que no debería hacer eso. Que las canas son destellos de sabiduría. Pero mi madrina truena la boca y dice que qué sabiduría puedo tener yo. Y sí, digo no, supongo que no. Mi madrina es la sabia de la casa. Aunque, aquí entre nos, yo prefiero a Felipa. Ella es la que me da de comer lo que me gusta. Cuando mi madrina se va al banco o duerme su siesta, Felipa y yo vamos a mi cuarto y me da cosas ricas.

Cada primero de mes mi madrina va por su incapacidad. Luego vuelve y se encierra en su cuarto. Yo pego mi oreja a la puerta y la oigo contar el dinero en voz baja.

Uno, dos, tres, y así. En la cocina le da algunos billetes a Felipa, pero antes se moja la punta de los dedos y se los va pasando uno por uno. No vaya ser que estén pegados, dice. Con lo caro que está todo. Con lo inútiles que somos Felipa y yo. Felipa me cierra un ojo y sonrío. Quién sabe cómo le hace, pero siempre trae chocolatiños. Ella dice que estira el dinero. Una vez yo lo intenté pero rompí un billete y mi madrina me pegó. Solo quería estirarlo, le dije, pero no me creyó y me dio de bastonazos. Chamaca idiota. Ya me tienes harta, me gritó. Felipa me llevó a mi cuarto, me quito la ropa y me sobó. Sentí muy rico. Después, me dio un chocolate. Nomás no le digas a nadie, mijita, y te doy más chocolates luego.

Yo aprendí a sobarme sola.

Pero Felipa se dio cuenta y me dijo que no; que eso no era para andarse haciendo así nomás. Y es que de repente me daban muchas ganas y lo hacía a todas horas y en todos lados. Felipa me dijo que si mi madrina me veía me iba a dar de bastonazos otra vez. Mejor yo te ayudo cuando se vaya al banco o cuando se duerma. Además, acuérdate de los chocolates. Así me convenció. Y aunque a veces me dan muchas ganas de sobarme, nomás me siento, cruzo las piernas y las columpio hasta que se me pasan. Felipa me mira y se pone un dedo en la boca como para que no diga nada. Y no, no digo nada. Ella es muy buena conmi-

go. No es de la familia, pero aquí está todo el día. Se la pasa barriendo y trapeando mientras mi madrina se depila las cejas o ve la televisión. Los sábados lava la ropa y es ahí cuando se da cuenta de que a veces no me puedo aguantar las ganas. Mira nomás estos calzones, me dice. Y yo me río. Lávate las manos antes, chamaca. O de plano bájatelos pa'que luego no me cueste tanto trabajo quitarles la mugre.

También así se dio cuenta de lo del padrecito:

Los domingos venía a comer después de misa y se sentaba a ver la tele con mi madrina. Cuando ella se quedaba dormida, el padrecito decía que me iba llevar al cielo y me sobaba muy brusco y luego yo lo sobaba a él. Felipa se dio cuenta porque un día mis calzones estaban todos embarrados. Y ora qué es esto, dijo. Yo nomás alcé los hombros y me tapé la boca con las manos. Ella rascó la mancha, la olió y peló los ojos. Yo me reí y me hizo cosquillas hasta que le conté todo. Si sigues jugando con él ya no te voy a dar chocolates. Y como el padrecito no me daba nada y nomás se hacía pipí, ya no dejé que me llevara al cielo.

Desde entonces ya ni viene.

Felipa y yo somos felices. Yo me como uno o dos chocolates todos los días y mi madrina ni se da

cuenta. Se la pasa viendo el programa de la Doctora Polo hasta que se queda dormida. Así desde su accidente. Felipa y yo estamos toda la tarde en mi cuarto y luego se va a su casa. Se despide de mi madrina hablándole bajito al oído y ella salta en el sillón. Sí, sí, dice mi madrina a lo puro menso. A mí me da mucha risa, pero Felipa se pone un dedo en la boca y me pela los ojos. Sé que ella también se ríe pero disimula.

Sí, sí. Nos vemos mañana, dice mi madrina cuando por fin se despierta. Luego Felipa le recuerda que al día siguiente es domingo y que ella los domingos no viene. Sí, sí, hasta el lunes. Ya, lárgate, le dice. Cuando se va, mi madrina y yo cenamos las dos solitas en la cocina.

Así estábamos la noche en la que mi madrina me llamó. Se puso los lentes, me pidió que agachara la cabeza y me espulgó. Ya estás vieja, me dijo. Luego, sentí el jalón. ¡Ahuuu! Ahora estoy sentada frente al espejo esperando a que me salgan las canas. Mi madrina me dio unas pincitas para que cuando vea una me la arranque. Dijo que si no me pongo viva me va a tener que pintar el cabello de rojo, pero yo no quiero. Felipa tampoco. Dice que mi cabello es más bonito así como está. No me ha salido ninguna cana en todo este tiempo.

Lo bueno es que mientras puedo columpiar mis piernas y comerme uno de los chocolates que Felipa me dio.

El funeral

Frida Sánchez
Nezahualcóyotl, Estado de México. México

—Cuando tenga ochenta años recordaré que ella me besó —Lo dijo en voz alta para que sus demonios pudieran escucharlo, pero rara vez lo olvidaba.

A veces, mientras desempolvaba los discos de la tienda donde trabajaba, le llegaba aquel recuerdo a la mente. También llegó a recordarlo mientras iba en el túnel del tren, ¿era necesario anotarlo en un papel? Aquello era inolvidable por el simple hecho de haber ocurrido.

Eran dos adolescentes jugueteando en la vida y apostando todo por sus sueños y creencias. Ella se detuvo a comprar un cigarro y la otra, más baja de estatura, jugueteaba con los aretes de la primera. Entonces dijo un chiste y ella soltó la carcajada.

—Eres la mujer más tierna. Te quiero—, le dijo, pero las palabras estaban acompañadas de hechos. Ella abrió los ojos grandotes y dejó ver sus largas pestañas. Entonces la besó en la frente.

—Te quiero—, repitió en voz alta para que sus de-

monios pudieran escucharlo, porque lo sabía. Siempre supo que ese cariño existió, y quería que los fantasmas que la acompañaban tampoco lo olvidaran.

—Cuando tenga ochenta años recordaré que ella me besó —Lo dijo otra vez solo para asegurarse de que su existencia aún habitara el mundo material que la rodeaba. Frente a ella estaba la fotografía de su excompañero de universidad, un joven de 24 años, quien yacía en el féretro blanco, y pulcro como su alma; un joven que había partido de este mundo con el frío de una bala inesperada.

Este era el segundo funeral del que era testigo desde que había concluido aquella etapa en la que la conoció a ella. La primera muerte había ocurrido un año antes de la del joven asesinado, había sido una de sus amigas, una mujer de labios gruesos a la que le gustaba el color morado, y con quien también había compartido aula, muchos años atrás, como en otra vida.

—Podría ser que en un año, o tal vez en dos, sea mi fotografía la que acompañe al féretro.

Siempre puede ser la de cualquiera. En este pueblo nadie está exento de la muerte— le respondió un desconocido que había estado escuchando su monólogo.

—Podría ser cualquiera —asintió—, pero fue él. Entonces cayó en la cuenta de que la recordaba a ella porque ambas muertes tenían que ver con la ausencia de esa mujer. La primera había sido de una gran amiga de ella, la segunda, se trataba de quien habría sido su novio.

—Podría no llegar a cumplir los ochenta, y entonces, ¿quién se va a encargar de recordar que ella me besó? —sé espantó.

—Tal vez ella —le dijo el desconocido—, si ella llega a los ochenta, por supuesto.

—Puede ser que llegue a esa edad pero quede demenciada, ¿de qué servirá llegar a entonces si no puede recordarlo? ¿Habrá valido la pena este trajinar?

—En este pueblo nadie está exento de irse. Todos somos la penumbra y la soledad, todos al mismo tiempo, dime ¿qué tan segura estás de que ella es ahora, si no puedes verla, ni sentirla u olerla? Sintió un escalofrío de tan solo pensarlo. —Un día estamos y al otro no —continuó él.

—Este mundo está lleno de fantasmas y de almas viejas, de todos quienes se han ido pero que siguen aquí, en alguna parte —respondió, moviendo las manos, en un intento por señalar el sitio exacto al que se van

los muertos cuando ya no están, pero no pudo decidir si apuntar su dedo a la cabeza o hacia el corazón.

—Pueblo de fantasmas, como el de Comala, ¿leíste esa novela?

—Más o menos así. Cuando ya no podemos verlos más, los muertos dependen de nosotros para seguir siendo, como todos en el Comala que inventó Rulfo, que dependen de Pedro para ser lo que son.

—Comala existe, está en Colima. De niño pensaba que era un nombre inventado.

—Es posible que, cuando abandonemos este sitio nos reencontremos todos allá —señaló al techo.

—¿En el cielo?

—En Comala, junto a Abundio y Eduviges, y también todos los que de aquí se han ido.

Cuando el primer rayo de sol alumbró la cara del muerto en la fotografía, la mujer más anciana del lugar se levantó de un sillón y se puso frente al féretro. Se persignó con fe y sacó del bolsillo de su chaleco bordado, un folleto de oraciones; desenredó el rosario que traía entre los dedos y se acercó la cruz a la boca.

—Quiero verle la cara a mi nieto —Pidió la señora, y alguien más se acercó para abrir la caja y dejar al joven a la vista de todos los presentes. La anciana se persignó, devota, por segunda vez y besó al muchacho lívido, en la frente.

—Cuando tenga ochenta años recordaré que ella me besó —Suspiró, y entonces sintió cómo el alma del joven que estaba en el féretro se levantó y se paró de pie detrás de ella, junto a sus demonios y fantasmas. Junto a todos sus muertos.

—Mientras no los olvides ni seas tú quien llegue a Comala, estarán contigo a perpetuidad. —Pronunció la voz del desconocido pero ya no vio su rostro ni su cuerpo por ninguna parte. —Eso es lo que me temo. *Porque nada puede durar tanto... porque... no existe ningún recuerdo por intenso que sea que no se apague.*

Más allá

Sofía Rangel
Querétaro, México

En una comarca donde el tiempo no tiene edad y los días son cortos como esta historia, vive un hombre desolado y menesteroso, busca la paz que jamás logró alcanzar. Su vida es semejante a un reloj, por cada paso que da, menos tiempo le queda, así es como su existencia comienza a desvanecerse en el olvido.

La presencia del hombre es imprevisible, sus pisadas son tan ligeras y sigilosas como el viento que no dejan huella alguna sobre la nieve. Son pocos los que han sido capaces de conocer sus movimientos, mas no viven para relatarlo. Uno intenta seguirlo, pero a medida que avanza, llegar a él se transforma en un trayecto interminable hasta el punto de esfumarse sin dejar rastro. Aun así, se sabe que habita en una pequeña choza al fondo del bosque cerca del puente, la luz del sol no consigue traspasar los altos pinos que la rodean y un clima gélido reina en el ambiente. Dentro de su hogar, se observa una ruinoso chimenea y en su estrecho humero arde una lumbre que se extingue conforme el día transcurre; frente a ella, hay una

mesa de madera tallada, carcomida en los bordes, que está acompañada de una silla de acero oxidado donde descansa un periódico de algunos años atrás que narra los acontecimientos de la Guerra de los Cristeros.

En una noche oscura donde la luna, brillante como un diamante iluminaba la diminuta vivienda, el hombre desapareció. La noticia conmocionó a todo el pueblo, la mayoría de los habitantes creían que había partido al más allá tiempo atrás. Fue buscado, pero nunca encontrado y así los días pasaron, conforme el invierno se alejaba, la nieve se derretía y el sol resplandecía con todo su fulgor, aquel enigmático individuo fue declarado muerto. En una fría y caliginosa mañana de otoño cuando la calma y el silencio reinaban la Tierra, en los rincones más íntimos del bosque, se abrió la puerta de una morada. Yacía sin emplearse por años y se originó un estrépito que sacudió la presencia de un forastero extraviado. Invasado por una mezcla de curiosidad y deseo de ayudar, en caso de que fuera requerido, se acercó hacia el único ventanal divisando a lo lejos la sombra de un sujeto.

Era el hombre que tornaba de Comala, después de haber ido en busca de su padre, un tal Pedro Páramo.

No oigo ladrar los perros

Francisco Carrillo
Ciudad de México, México

“—¿Lloras, Ignacio? Lo hace llorar a usted el recuerdo de su madre, ¿verdad? Pero nunca hizo usted nada por ella. Nos pagó siempre mal. Parece que, en lugar de cariño, le hubiéramos retacado el cuerpo de maldad. ¿Y ya ve? Ahora lo han herido. ¿Qué pasó con sus amigos? Los mataron a todos. Pero ellos no tenían a nadie. Ellos bien hubieran podido decir: ‘No tenemos a quién darle nuestra lástima’. ¿Pero usted, Ignacio?”

—Así es, padre. Llora de pesadez por mis heridas. Pero sobre todo, llora por tener que compartir con usted un camino sin que me escuche ni me entienda, como es su costumbre. Y no me refiero a este, el camino que nos lleva a Tonaya, por el que tanto insiste. No. Hablo de la vida misma. Porque desde el primer momento que tuve que coincidir con usted y mi madre, he tenido que aguantar vivir en una familia llena de vergüenza y desilusión. Por eso me uní a la guerrilla; ella me permite alzar el rostro más de lo que hubiesen querido.

Ignacio no pudo aguantar la impotencia que desprendía su ser al escuchar los crueles reproches y críticas de su padre. Estaba seguro de que aquellos insultos no le eran merecidos, pues desde hacía tres años había decidido dejar su pobre vida en la siembra para tomar las armas y unirse a Pánfilo Solís, guerrillero de Jalisco. Eso, más que un crimen de “trajinar caminos, viviendo del robo y matando gente”, le resultaba su responsabilidad como campesino que se encontraba hartado y desesperado por el maltrato de los hacendados regionales. “Esas lacras —pensaba— no merecían otra cosa que grilletes y fuego”.

—Además —bramaba Ignacio a su padre—, yo nunca le pedí que me recogiera del campo y me trajera aquí, como un viejo y roto petate. Varias veces le he pedido en el camino que me apee y me deje a mi suerte. No crea que me trago su benevolencia; sé bien por qué me lleva a Tonaya. En cuanto el médico me reconozca, no perderá tiempo; llamará a la policía rural y me darán captura. Si bien me va, moriré por mis heridas antes de llegar allá, donde lo único que me espera es una curación, una confesión y un paredón.

La vida de esta familia no había sido fácil. Ignacio era el hijo único de estos padres, lo que suponía desde luego una (des)gracia. Aunado al irremediable alcoholismo

de su padre y a los maltratos de su padrino Tranquilino, el pequeño tuvo que sufrir mucho más de lo que su cuerpo le permitía tolerar. Por si eso no fuese poco, en cuanto Ignacio cumplió los seis años, fue llevado al campo y tuvo que olvidarse de su gusto por las letras que se hallaban arrumbadas en un cajón que pertenecía a su abuelo. Era de esperarse pues, en palabras de su padre, “de los estudios, ni se come, ni se siembra”.

Desde que tomó las armas para defender lo que él consideraba una causa justa (es decir, el derecho a la propiedad colectiva y ejidal, lejos de los hacendados), el bulto que yacía en los hombros de su padre se había convertido en un bandolero de caminos, robando y matando a aquel que les robaba y los mataba (de hambre). Pertenecía a esos jóvenes considerados por Pánfilo Solís como “el orgullo de la Revolución”. Sin embargo, todo cambió aquella turbia tarde en Cocula, cuando una emboscada aniquiló a toda la tropa de Solís, dejando pocos sobrevivientes. Entre ellos se encontraba Ignacio, quien hubiera preferido morir en combate antes de ser encontrado por su padre, quien vio la oportunidad perfecta de llevar a su hijo a Tonaya para “que lo curasen y le diesen su merecido”.

* * *

A lo (relativamente) lejos, unos perros continuaban ladrando, como lo hacían desde hace horas:

—Claro que lloro, padre. Tenía la esperanza de que esos perros que se oyen, ladraran solo en mi cabeza.

Los murmullos de la tierra

Miguel Olvera
Ciudad de México, México

*La tierra que nos han dado está allá arriba.
Juan Rulfo, “Nos han dado la tierra”*

Después de recorrer en círculos esta ciudad por tantos años, de norte a sur y de vuelta una, otra y cien veces más, uno asume como propias millones de voces; en la soledad de la multitud, uno comienza a apropiarse de tantos caminos que suben y bajan, y dan vuelta sobre sí mismos para entregarle a su viajero un mismo destino tantas veces diferente. Uno es guiado por senderos tan recorridos por millones de pasos, que llega a creer que sus propios pasos son los únicos que pueden reclamar ese camino como suyo propio. Es así como los trayectos que en realidad podrían tomarme menos de veinte minutos para recorrerlos, se extienden por más de una hora, y fácilmente me veía sorprenderme a mí mismo al tomar un camino mil veces empleado, y otras mil veces más, como si lo caminara por primera vez, rumoroso extraño en la ciudad que me nació.

Llega la época en que las tempestades de junio y de julio llenan el asfixiante murmullo reseco de los pasos de siempre, alimentado por un estío que vuelve doblemente pesado cada camino. Pero la callada música de esos aguaceros cambia por completo aquello que los pasos tienen que decir, porque las calles pueden convertirse en ríos a los que siempre llegué con valentía y hasta con imprudencia, arrogante imprudencia al no hacer caso a las corrientes de esos ríos que nos hablan, retándonos en constante burla hacia la triste condición a la que la tierra nos sentenció. Uno entiende sus voces con el chapoteo de nuestros pasos en ellos, que nos recuerdan lo frágiles que resultan esos caminos bajo la lluvia.

Es esta misma imprudencia la que me hizo perder las ganas de todo durante el griterío de las tempestades; esto es bueno, porque uno pierde todo menos las ganas de vivir. Esas ganas son lo único que uno escucha en medio del más escandaloso de los silencios, que es el de esas calles en movimiento sin fin. Solía perderlo todo así hasta llegar a mis cambiantes destinos de siempre, emergiendo de la tierra que no paraba nunca de murmurar hacia las aguas que me redimían de mi abandono rutinario. Y cuando lo perdía todo, menos las ganas de vivir, la vida misma iniciaba una y mil veces más. Hasta el fatídico día en que, ensordecidos por la inflexible música de nuestras voces y nuestros pasos, no quisimos escuchar a los murmullos de la tierra.

Las voces de todos los días —las de los sempiternos extraños acompañantes que siempre creyeron pisar en firme— me sorprendieron continuamente en mi tumultuosa soledad con un escándalo insoportable. No es para menos: di por sentadas a esas voces, como un inalienable tejido repugnante sin el que la vida en la gran ciudad nomás no tiene sentido. Es que uno se acostumbra a vivir y a ver así las cosas en este lugar, pero nunca se está preparado para escuchar los murmullos de la tierra, a pesar de que en más de una ocasión la sensatez nos dijo que volveríamos a escucharlos (es que su voz no seduce tanto).

Aquel día ya no era propicio a la humedad matutina que vaticina espectaculares tormentas vespertinas. Tampoco se respiraba en el aire el calor primaveral de tiempos pasados, el que levanta polvaredas de contaminación y remolinos de angustia por no poder circular en las siempre atestadas calles capitalinas, si es que a ese lerdo movimiento sempiterno de vehículos y peatones como en eterna marcha fúnebre se le puede llamar circulación. Ese día —19 de septiembre— las voces no se quedan pegadas con el sabor salado de la humedad, ni vienen acompañadas con la esperanza, fascinante y aterradora, de los vientos gélidos que ocasionalmente empiezan a soplar conforme acaba el año.

Ese día escuché una vez más el discurso de los murmullos de la tierra, el que interrumpió la voz nasal de una cotidianeidad que me hizo suyo, y despertó en mí el elemental miedo ritual que se comporta como un verdugo sanguinario, el que está acostumbrado a torturar a sus presos con religiosa puntualidad anual. Y el castigo es ese silencio ruidoso de los recuerdos, de la tensión, y el golpeteo incesante de aquellos malditos murmullos, siempre presentes, pero rara vez perceptibles. Vaya que se hicieron notar en aquella ocasión, con su siempre caprichosa exactitud.

Lo único en lo que se parecen esos murmullos a las voces de otros días es, precisamente, el miedo. Esa loza que cargamos entre más de veinte millones de personas, y que al mismo tiempo cada uno siente como si ella misma o él mismo la llevara entera auestas, sin un destino seguro, sin recordar el punto de partida, sin saber qué formas está tomando según el día en el que se la echa uno al hombro. Uno oye, y siente como si le estuvieran hablando a un oído adolorido, cansado de tanto escuchar, de recordar, año tras año, que existe una herida, una que duele más que las otras. La herida del 19 de septiembre sigue doliendo, y ahora los murmullos de la tierra tuvieron a bien hacerse oír el mismo día.

Los recorridos pasaron en la más oscura luminosidad del día. Las inexplicables horas que por momentos parecieron interminables se escurrieron con las últimas horas. Entre los resquicios de las ventanas rotas y las paredes agrietadas, aquellos murmullos de muerte se volvieron gritos de vida, despertándome del aturdidor y profundo ensueño consciente. Sin dejar de hablarme, los murmullos me hacían subir; la música de la vida había comenzado.

Las primeras luces de la mañana rompiéndose en mi sucia ventana me despertaron temprano, pero el rumor gélido del exterior me tenía arremolinándome en mis cobijas, buscando el calor olvidado de la noche. Era como si ese viento congelante gritara “¡Despiértate!”, y fueron esos gritos los que movieron mis pasos una vez más. Sentí que el aire estaba lleno de voces, de vida resquebrajada en mil pedazos, entrando y saliendo por mis oídos como si intentaran taladrar en mis pensamientos, tratando de remover algo largamente escondido ahí. No tuve remedio más que levantarme y volver a emprender mi camino en la gran ciudad, para acompañar mis pasos al ritmo de las omnipresentes voces.

Antes, los caminos de la ciudad subían y bajaban, casi al compás de esos movimientos naturales orquestados por los murmullos. Ahora, los mismos caminos se ven chatos otra vez. Y es que ya habían pasado dos meses desde que esos vozarrones se hicieron presentes entre nosotros. Por muy ruidosos que sean, no pueden hacer tantos estragos. Tal vez el verdadero problema sean sus ecos, los que se pegan a los caminos, a los edificios, y a esos eternos ríos de gente, de murmullos apagados, pero nunca apaciguados.

Conforme avanzaba sobre mis pasos de siempre, y volvía a sentir el peso de los recorridos de horas, no tardaría en darme cuenta de que los murmullos de la tierra, ese día fatídico, en realidad no le hicieron nada a la tierra misma. Invadieron el horizonte con su escándalo, tal como ahora, y nos hicieron ver cómo ese horizonte estuvo siempre deshecho en una maraña de ruidos sin sentido. Ahora ya me hice tolerante a esas voces: dejé allá abajo, entre la incertidumbre y la fascinación de mis recuerdos, el movimiento inquietante del miedo, para subir y estar a la altura de las voces del dolor y la frustración. Frustración por no haber tenido la humildad que tanto exigen esos endemoniados murmullos.

Mientras viajaba en el metro, oí que el otro me decía:

—Señor, ¿supo usted que en aquel descarriló el metro?

—¿El de la línea dorada?

—El mismo. Entre tanto ajetreo de ese día eso fue lo último que supe. No podría ser más desgraciada la magna obra de estas gentes que dicen gobernarnos. Hacen todo un escándalo de lo poco que hacen para tapar sus desatenciones de toda la vida, y ni siquiera saben dónde están parados. ¡Vaya que si la tierra los hizo callarse! ¿No le tocó pasar algo así, señor?

—No puedo ni imaginar lo que pasaba por las mentes de quienes lo sufrieron. Yo hice casi los mismos recorridos de siempre de mi casa a mi trabajo, y de regreso. Casi lo mismo, con la salvedad del tiempo y la falta de lluvia entonces. Sentí que estaba en una ciudad diferente, donde el verdadero terror se vivía escuchando las lágrimas de tanta gente, buscando una salida que no existe, o un camino que no ha sido construido.

—¡Pobre de usted, señor! A veces lo que hace falta para quitarse lo amodorrado de la cabeza es una buena sacudida.

—¿Qué dice usted, perdón?

—Que tuvo usted suerte, señor. A mí me invade el pánico cada vez que veo un terreno baldío y algunos escombros. Empiezo a recordar cómo era el viejo edificio de la Roma en el que yo vivía. No me quito de la cabeza la caída de esas construcciones que se desmoronaron como si fueran de sal, lo aturdido que me dejó el ruido de su desplome—.

El metro siguió su marcha. Me había encontrado con este fulano dos estaciones atrás, cuando me preguntó si la que tomó era la dirección correcta hacia la ubicación de su nuevo trabajo, un lugar que reconocí más por intuición que por tener la referencia exacta. A pesar de que la ansiedad y el nerviosismo ahogaban su voz y lo hacían hablar tan rápido que sus pensamientos no alcanzaban a sus palabras, pude encontrar algo de coherencia en su conversación. Un pulso de vida, uno real y palpable, a diferencia del caos inasible en esas miradas cansadas y temerosas de los ríos de gente, aquellos ojos que van gritando todo lo que quieren decir a su vez los murmullos de la tierra, pero que no encuentran cómo decirlo. Sí, al final pude escuchar, en ese escándalo silencioso del transporte subterráneo, los murmullos de sus ojos, porque, sin importar cuánto me ahogaran, me recordaban que inevitablemente yo tenía un lugar asegurado en ese río de movimiento estático, y que mi nombre estaba inscrito ahí, en las miradas supli-

cantes de los ciudadanos, o en la plática nerviosa de un transeúnte cualquiera. Salí del metro, guiando mis pasos por los murmullos de la tierra. No había nada más que hacer, aquí la tierra habla cuando se le da la gana. Sin dejar de hablarme, los murmullos me hicieron subir; la música de la vida comenzó una vez más.

...A la memoria de las víctimas de los desastres que derivaron de los sismos de septiembre de 2017 en México. En especial, en honor de aquellas víctimas que sobrevivieron, pero no pudieron volver a vivir.

El pueblo llamado Infierno

Zuzietl Roblero

Nezahualcóyotl, Estado de México, México

Vine desde Apulco, por allá de Jalisco, entre Tonaya y Totolimipa. Cuando nací, la Revolución estaba terminando. La lucha no era exclusiva de este continente, en Rusia también se levantaban contra el imperio de los zares y se vivía un escenario de posguerra. Yo nomás nací, sin preguntar para qué y me llamaron Pedro.

—¿Entre ustedes se encuentra un tal Carlos?

—preguntó Pedro dejando de hablar para sí mismo y dirigiéndose a un grupo de estudiantes.

—¿Un Carlos qué? —mencionó uno de los jóvenes que yacía sentado en una de las bancas colocadas en el patio de una vieja escuela al centro de un pueblo. Pedro se replanteó dos veces la pregunta, pues repentinamente había olvidado aquel apellido. Mientras trataba de recordarlo hizo otra interrogante.

—¿Apoco hay más de un Carlos entre ustedes?

—Solo hay dos, y ninguno de ellos ha llegado al pase de lista —respondió otro de los jóvenes que tenía casquete corto, piel morena y sonrisa firme.

—¿Aquí pasan lista? —interrogó Pedro. En su mente, se decía a sí mismo “esta escuela parece haber sido saqueada. A plenas luces parece abandonada”. Siguió haciendo preguntas, tratando de hacer tiempo para recordar el apellido.

—¿Qué pasó en esta escuela, hasta aquí llegaron los ejércitos revolucionarios, o fueron acaso los grupos guerrilleros? Los jóvenes se extrañaron por las preguntas que hacía Pedro. Pese a ello, decidieron responder al extraño que recién había llegado a su escuela, lugar donde ellos yacían esperando más de siete años por alguien.

—No, señor, estamos en el siglo veintiuno. La Revolución es un hecho del siglo pasado, contemporáneo al final de la Primera Guerra Mundial —agregó el mismo joven de piel morena y sonrisa firme llamado Dorian—. Aquí, en este pueblo caliente como el infierno, nos acosan los narcos, paramilitares, y unos cuantos grupos de autodefensa que por estar armados se las dan de poderosos —Dorian suspiró y agregó—: por si fuera poco, hasta el ejército y la policía nos vienen a fregar.

Recuerdo que crecí solo, sin una madre que me llamara a desayunar, sin un padre que me leyera historia. Estos muchachos me hablan de un siglo que desconozco, están con-

fundidos. En el único siglo que existe, y que es en dónde yo vivo, son tiempos de pos Revolución, son tiempos de adoptar el capitalismo o de unirse al socialismo. Estos son los únicos tiempos vivibles, la única verdad; donde el pueblo queda de lado de los acontecimientos históricos, aunque suene a ironía.

—¿Por qué ese siglo no aparece en los libros? —añadió Pedro incrédulo.

—Es el siglo que estamos viviendo. Es dos mil catorce —respondió Doriam—. El partido hegemón emergido de la Revolución fue reemplazado, las dictaduras de América Latina fueron vencidas, pero la lucha contra el imperialismo sigue.

—¿Me estás diciendo que ustedes son una foto viva de ese siglo que desconozco?

—Sí. Somos los rostros del pueblo —manifestó otro estudiante llamado Marcial.

—Digamos que ese tal siglo veintiuno existe, ¿en dónde están las demás personas? —preguntó Pedro.

En su interior, se le formaba un nudo en la garganta. Se preguntaba “¿acaso ese siglo existe? De ser así, ¿en dónde he estado todo este tiempo?”. Los estudiantes seguían desconcertados por la visi-

ta inesperada de Pedro. Tras unas miradas cómplices designaron a otro compañero para que respondiera.

—Venga, señor, sígame —le dijo otro de los jóvenes con el cabello quebrado, nariz ancha y labios gruesos llamado Aníbal—. En los muros de nuestras paredes están pintados algunos de los hechos que le hemos contado. En esta escuela pasaron personas del siglo pasado, gente como Lucio Cabañas. Aquí yace el pueblo, han pasado todos, aunque no los vea.

—¿El pueblo es la escuela?, ¿de qué pueblo estamos hablando?

—Un poco del sur, un poco del norte, pero sobre todo de todo el mundo.

—¿Y por qué no puedo verlos? Aquí no hay más que estudiantes de la escuela —agregó Pedro confundido por las palabras de Aníbal.

Sus miradas me intrigan, me dicen que no mienten, pero yo no puedo recordar el siglo veintiuno. Si les creo y me mienten seré un hazmerreír. Si no les creo y me dicen la verdad perderé a las únicas personas que me pueden decir si aquí se encuentra Carlos. ¿Qué más da?, después de todo nacimos sin saber para qué, pero sabiendo que lo que se ve y se vive es lo más valioso; la única verdad.

—Es porque aquí no hay nadie —respondió Aníbal, mientras regresaba junto a Pedro al patio donde se encontraba el resto.

—¿Por qué no hay nadie? ¿Dónde están sus maestros, sus padres y madres? —agregó Pedro, convenciéndose a sí mismo de que el alumnado no mentía.

—Nos aislaron, nos escondieron del resto —respondió otro estudiante sentado en una banca cuya recargadera tenía grabada el número cuarenta y tres.

—¿Por qué los escondieron? —acotó Pedro anonadado. “¿Quién aislaría del resto del mundo a unos estudiantes? Este siglo es tan vil como el siglo que recuerdo”, pensó.

—Nos escondieron para despojarnos de nuestras voces. No pudieron dejarnos mudos, por eso, mejor nos escondieron —replicó el de la banca cuarenta y tres —Nuestros maestros, compañeros, madres y padres, nos están buscando, el pueblo entero nos está buscando —agregó otro muchacho sentado en la banca veinticuatro—. ¿Usted no viene desde el pueblo para encontrarnos? —interrogó.

—No, yo vine buscando a Carlos. Los jóvenes se inquietaron tras la última pregunta de su compañero Jorge. Los ojos se les llenaron de esperanzas,

pero pronto notaron que el semblante de Pedro seguía ausente, y que éste parecía perdido en sus pensamientos.

Los escondieron para silenciarlos, tal como en tiempos de la Revolución, se mataban porque no podían entenderse. Estos muchachos viven en un siglo que yo desconozco pero que entiendo como si fuera el mío. No cabe duda de que el mundo es uno, aunque cada quien lo habite desde sus propios ojos. La realidad es una y ni la muerte la transgrede. Ellos saben mucho, yo, por ahora, solo sé que vine de Apulco. No sé por qué, ni con qué motivo. Quisiera tomarles una foto, en su lugar, guardaré sus relatos para hacerlos de mis memorias.

—Es verdad, usted venía buscando a un tal Carlos. Aquí me tiene señor —interrumpió un alumno de entre el resto y agregó—: yo soy Carlos Hernández, de la Normal de Ayotzinapa, un gusto conocerlo señor. El nombre del muchacho hizo eco en el patio de aquella escuela carcomida por los rayos del sol. Pedro hizo una mueca que indicaba que ese Carlos no coincidía con el que él buscaba. El resto de los estudiantes comenzaron a susurrarse entre sí. Al cabo un gran murmullo, otro de los jóvenes dijo:

—Yo soy Carlos Iván Ramírez. A sus órdenes —mencionó un joven que portaba orgullosamente su camisa blanca de estudiante.

Todos los alumnos voltearon a ver los ojos de Pedro, para observar su respuesta. Pedro guardó silencio, como tratando de entender lo que sucedía, pues de pronto ya no sabía por qué llegó buscando a un tal Carlos. Uno de los jóvenes, el más curioso, interrumpió el silencio:

—Señor, no nos ha dicho cómo se llama usted y de dónde viene.

Pedro dejó de pensar, y como resolviendo un acertijo se incorporó a la conversación. Con plena lucidez y conformación contestó:

—Yo soy Juan Carlos Pérez Rulfo Vizcaíno. No sé de dónde vengo, ni a razón de qué, pero, mientras el resto los encuentra, enséñenme sobre este siglo

—Tras un profundo suspiró propuso—: si gustan, a cambio, yo puedo leerles una novela. ¿Han escuchado la historia de Pedro Páramo?

Los jóvenes se miraron entre sí sorprendidos, pues algo inaudito se suscitaba frente a sus ojos. Después de un breve tiempo se rieron juntos, susurraron entre sí un par de conclusiones, y sonrieron en señal de aceptación.

Venía buscando a un tal Carlos y terminé encontrando dos. Analizándolo, vine para que me encontraran y yo a ellos, en este pueblo llamado infierno, digo, en este pueblo que es un mismo mundo más allá de la muerte. La verdad es una y nunca podrá ser acallada. La verdad puede ser contada, y siempre es una.

La peste del tiempo

Fran Nore
Caldas, Antioquia, Colombia

La muerte, siendo un hecho universal, es a la vez tan personal, que de ella puede decirse que es el momento en que espiritualmente se condensa la vida humana.

Ganivet

Repentinamente asomé a los baturros del césped misterioso Valle de las Brujas, provenientes del más allá, aparecieron frente a mí las gimientes huestes de mi parentela espuria y fantasmal invadiendo los alrededores.

Leviafar, El Primer Padre; la extraña madre de Leonardo, Jaranda; la madrastra Dilva, la bella Milagros y las gemelas Eli y Beli, Nisca (Belelis) como sus hijos deformes; además de los servidores de Leviafar, indios, negros esclavos y mulatos de caras execrables.

Los difuntos del valle ístmico interpretaban una fúnebre música que heló mi sangre en las venas. Y aunque no los conocía, excepto por las historias que de ellos contaban mis abuelos y mis padres, supe que

eran ellos mis ancestrales familiares dueños del valle en medio de cordilleras infranqueables, ahora se levantaban de sus tumbas tenebrosas a reclamar los territorios maldecidos por los viajeros continentales.

Creí que deliraba por los efectos de La Peste del Tiempo avecinada súbitamente sobre la faz de la tierra. Pero los muertos venidos de ultratumba nunca habían sido tan vistosos y reales; unos danzaban entre enredaderas pantanosas como también otros más allá cantaban las lastimeras e interpretaban enigmáticos instrumentos musicales que nunca en mi vida había visto, formando así un tumultuoso cotillón de ondinas y barbianses difuntos.

Cuando me descubrieron en ese estado pasmoso se me acercaron lentamente tratando de retenerme entre ellos, intentaban tocarme con sus dedos de viento, yo estaba visiblemente asustado y desesperado corrí fuera de su alcance, buscando refugio.

Las azogadas y difuntas ancianas, envueltas en sus blancas bataholas, en sus telas de seda y ceniza, y los moribundos zaratanes en danza simoniaca, desesperados por encontrar sus pateras cinerarias, querían darme alcance, y de ser posible llevarme con ellos a sus tétricos carcamales y barruntados nichos, acaso sin darme oportunidad de pedir misericordia y clemencia.

Guardaba la frágil esperanza de llegar a la frontera Ciudad Central. Pero esta esperanza era difuminada por el aspecto de la fantasmagórica realidad, truncando el curso normal de mis días, la habitualidad de mis pensamientos.

Temía que La Peste del Tiempo también hubiera alcanzado a los habitantes de Ciudad Central. Pues para mí, la fantástica Ciudad Central, era un fortín inabarcable de murallas alineadas entre cuchillas de cordilleras, una gigantesca fortaleza de torreones y edificios cuadrículados donde podía aguantar los embates del desafortado destino.

Y para dilucidar mi penosa y delirante situación, concluía para mis adentros, con alivio protector: “Nada malo puede ocurrirle a un hombre desprotegido en una ciudad así”.

Al arribar la maravillosa Ciudad Central, huyendo de mi parentela fantasmal, para mí sería fácil acostumbrarme a la vida cotidiana de sus alegres habitantes.

Como soy un hombre joven, guapo como de gran resistencia física, logré rápidamente restablecerme de mi travesía por el valle maldecido, nido de mi atea y terrorífica familia.

En Ciudad Central pude por fin instalarme en un misérrimo y económico hotel al lado de una concurrida avenida, donde anidaban en sus alrededores seres marginales.

Allí conseguí trabajo de aseador. Fregaba los pisos y limpiaba las escaleras y las vidrieras del ennegrecido hotel. Trabajaba muchas horas, más de las debidas, y muy duro, porque era un trabajo agotador; y así pude recoger dinero para suplir todos mis gastos, pues no quería sentir más necesidades.

Con lo que recaudaba pagaba la renta del mísero cuartucho en el hostel, la mala alimentación, y hasta lograba ahorrar para comprar una que otra baratija.

Todos los domingos descansaba y solía salir a pasear por la ciudad donde solo era un desconocido. Empecé a escribir un diario personal, donde recreaba mis experiencias en la ciudad y de vez en cuando escribía anécdotas sobre mis insomnios parientes del valle apocalíptico; sobre todo, para conservar en mi memoria, algo de ellos, de sus escabrosas existencias. Mi diario personal era como un tratado, donde también explicaba y daba pautas sobre: “Cómo curarse del Fin de los Días y no desintegrarse en el intento”. Aun así, en las noches más frías y solitarias de Ciudad Central, me invadían los recuerdos de

las huestes de mis ancestros fantasmales, parecía ver sus rostros deshechos atisbando por entre los empañados cristales de las ventanas del hotel. Entonces no evitaba llorar desafortadamente.

Una noche de relámpagos estrepitosos sobre los rascacielos de Ciudad Central, tuve una escalofriante pesadilla: estaban mis difuntos ancestros caminando por las apagadas calles de la ciudad. Las apariciones venían del oscuro valle y habían encontrado el camino hacia la ciudad. Soñaba que me encontraba con esos espectros en medio de una plaza pública, y ellos me sonreían desencajados.

Pero luego descubría aterrado que ya no era el mismo hombre de antes, sino un fantasma del pasado desfigurado.

La procesión mortuoria se presentaba ante mí, sin manos y sin pies, con las cabezas enraizadas. Y me sonreían sin afectación por lo que me sucedía, no parecían amoscados.

Me sobresalté y desperté de esa infortunada pesadilla, hasta llegar a elucubrar formidables lágrimas. Como un destello cruzando por parte de mi cerebro, concluía que definitivamente yo también estaba muerto, un muerto habitando en esta ciudad fron-

teriza, donde nadie quería hablarme. No sentía latir mi corazón dentro de mi pecho y la lucecita de mi alma la sentía tenue, apagándose y convirtiéndose en una nébula donde todo era undívago e impreciso.

En un comienzo creí que era un desvarío provocado por la ausencia de mis seres queridos. Y esto de igual forma me sobrecogió terriblemente.

Esa noche relampagueante sentí que de veras mi mundo se había derrumbado ante mis narices. Y rogué a Dios que me permitiera vivir en esta ciudad extranjera. Y que me fuera permitida la senilidad de mi tiempo terreno, pidiendo convertirme en una persona respetable, adorable y adorado por todos, para mí esto representaba el ideario de mi existencia, pero no dejaba de atormentarme los recuerdos. A cada instante volvían a aparecer los rostros de esos espantos ancestrales entre las ventanas del hotel. Lo único que quería era borrar esas alucinaciones de mi mente.

La espera de resurgir de mis extintas cenizas era tan poderosa que eximió todas mis últimas fuerzas hasta el desperdicio de las horas, quizás porque ya estaba cansado de ese ajetreo cotidiano que me desgastaba, entonces me enfermé hasta languidecer y quedar exiguo como una estatua demolida, en un doliente estertor abandoné el mundo que siempre me condenaba a la huida.

La viuda

Iris Allegue
Cárdenas, Matanzas, Cuba

Lo primero que encontré fue la cabeza, boca arriba, al lado del contenedor de basura ubicado justo a una cuadra de mi casa. En el parque vecino unos niños celebraban lo que parecía ser un campeonato de fútbol y pude disimular, pateándola como quien sigue el juego, hasta insertar por la puerta de entrada un sorprendente gol sin testigos. Entonces pude verla en todo su esplendor: ojos negros que miraban un punto indescifrable, boca entreabierta, dientes blancos y saludables, mentón lampiño, cabellos ensortijados, de un color confuso por la suciedad. Era una bella cabeza de hombre, sin lugar a dudas. Después de enjuagarla en el vertedero de la terraza lo imaginé recién salido de la ducha y por un momento creí que sonreía. Un flequillo quedó sobre su frente. Cambié el peinado buscando una identidad pero era, definitivamente, desconocido para mí.

Esa noche, por primera vez en mi vida, preparé la cena para dos. Acomodé la cabeza como pude en una punta de la mesa y serví dos copas de vino. Él continuó mirando cualquier cosa y yo me fui a la

cama con el propósito de encontrar los restos de aquel hombre. Hoy sé que me precipitaron los desvelos, pero aquel día busqué en cada rincón de la ciudad y un trozo aquí, otro a diez cuadras, logré tener, supuse, todo lo que faltaba. Lo fui armando en medio de la sala, como un rompecabezas demasiado obvio, y luego cosí cada parte cruzando una puntada con otra, en un delicioso canevá. Los pies conservaban los zapatos: cuero rematado en grueso pespunte, a tono con el cuerpo. Luego corrí a las tiendas y compré ropa a la medida. Ahora podía sentarlo a la mesa y hasta me recosté a su lado en el sofá para mirar la televisión. La mano izquierda guindó abierta y el velador de luz dejó ver un tatuaje impreso en la palma: el nombre de Horacio entre dos asteriscos; un detalle alcanzado como una revelación o un aviso.

Esperé una semana para vestirme de blanco, colgar una corbata en su cuello y hacernos una foto que desde aquel momento presidió la pared más amplia de la casa. Luego le llevé en brazos hasta el cuarto; la luna era de miel a través del cristal ámbar de la ventana.

Resultaba alentador regresar del trabajo y encontrarlo reposado en el sillón. Le hablaba desde la cocina y alguna vez descubrí un destello de aprobación en su mirada. Hasta el momento en que fui al baño y encontré levantada la tapa del inodoro. Regresé so-

bre mis pasos fingiendo ignorar el hecho, pero mi orden excesivo me hizo retroceder para bajarla. Fue cuando vi el hisopo dejado allí en la prisa de la mañana. Lo saqué y puse las cosas en su lugar. Todo continuaba invariable. Él parecía ahora más ausente.

Al narrador deportivo comencé a escucharlo un día mientras estaba en la ducha y me convencí que su voz provenía de la casa de al lado, porque cuando volví a la sala aún continuaba el documental sobre ballenas que interrumpí para bañarme. Una madrugada me despertó el griterío de los aficionados y la voz enardecida del narrador que anunciaba no sé qué para la historia. Salí del cuarto para comprobar que todo había sido un mal sueño y de paso recogí a Horacio, quien se había quedado despatarrado en el sofá al faltarle mi hombro. Ya había tomado la decisión de pedir una cita con el psicólogo, —la voz en off martillándome en cuanto entraba a la casa no podía ser más que una alucinación— cuando de pronto un locutor irrumpió en la pantalla para pedir disculpas por las molestias que ocasionaran los canales trastocados y que se tomarían medidas con los responsables. Otra vez reinaba la tranquilidad y el orden en mi vida y aunque continué escuchando intermitente el insoportable canal de deportes, —al parecer por la falta de un culpable a quien castigar— por un tiempo me sentí en plena convergencia con la

humanidad, porque la página doblada en el Ensayo fundamental sobre los efectos curativos de la semilla de girasol, que hacía un tiempo estudiaba, la descubrí quizás un mes después del anuncio televisivo.

El cuidado con los libros fue motivo de celebración en mis años de estudiante y hasta el día de hoy es causa de ruptura indiscutible con quien ose maltratar una cuartilla de mi propiedad, es por ello que cuando descubrí la página plegada el desconcierto fue total. Miré de manera acusatoria a Horacio tendido a mi lado, las pupilas vueltas hacia arriba, apuntando a una araña que tejía presurosa su red de subsistencia y enseguida espanté la sospecha junto con la mosca que en su ingenuidad casi alcanza la trama en el techo. Estiré la punta de la hoja con cuidado y cerré el libro. A partir de aquel instante el hecho se repitió a lo largo de mis lecturas y cuando estaba a punto de enfrentar al inspector de vectores, única persona que entrara en la casa además de nosotros, me desperté una noche con el libro estrujado bajo el cuerpo, víctima de mi hábito persistente de leer en la cama y del cansancio adicional en los últimos tiempos por la alteración en mi rutina de vida. Sonreí ante la evidencia que volvía absurda la pesquisa que estuve a punto de iniciar y me concentré en impedir que algo así ocurriese de nuevo, pero no solo fue inútil sino

que se agravó. Apenas leía un renglón y el sueño me cerraba los ojos. Ya no podía concentrarme en nada; la casa se había vuelto ruidosa, ajena. Horacio había convertido mi refugio en su cuartel. Nada me pertenecía y ni siquiera logré encontrarme en su egoísmo.

Intenté liberar tensiones haciendo trabajos manuales a los que acudo en casos extremos y a los pocos días de amasar periódicos, mezclar colores y enredar hilos, tenía treinta y seis bolas de estambre elaboradas con papel maché recubierto de cordel y una reproducción de la Mona Lisa, hecha en lienzo y vinil para pared, que me dejó una leve satisfacción pues a la obra de Da Vinci siempre le encontré un gran parecido con Talita, una compañera que tuve en la facultad, y mi pintura la hice a partir de un retrato que de ella conservo. Personalicé las toallas con dos cruces de hilo rojo las de Horacio y una azul en las mías. Como medida adicional saqué dos entradas para el teatro, en un intento por ensanchar el espacio en que habitábamos.

A la función nunca llegamos, gracias a la dejadez con que Horacio se enfrentó a cada cosa desde el primer momento y también porque a la hora de salir sufrí una pataleta apoteósica cuando me topé a mi Mona Lisa con un puchero en la boca, dibujado con tinta verde.

Era inútil. A esas alturas solo quería escapar de todo aquello. Había caído en una trampa preparada, idealizada por mí en la desesperación, y la indiferencia de Horacio ante mis quejas era absoluta. Los días de soledad ahora me parecían un lugar inalcanzable, el tiempo de otros, una vida para elegidos. Respiré profundo queriendo recobrar los olores habituales, recodos entrañables de los que alguna vez formé parte, pero un tufo mohoso se abrazó a mi espíritu y los libros se volvieron más sucios y ajados, el cuarto un caos irreal, mi trocito de mundo una covacha inexplicable. Salí al portal para alejarme del desastre. Una mujer pasaba en ese instante, se veía tan dichosa que tuve ganas de golpearla. Dobló la esquina dejando un rastro incandescente de felicidad.

La existencia continuó muy a mi pesar y hubo momentos en que quise creer que solo estaba siendo víctima de mi inexperiencia conyugal. Era yo quien tenía un problema al ver como martirio aquello que no era más que parte imprescindible del diseño social. No tenía amigos con quienes conversar sobre el tema, así que la única comparación pude hacerla con mis vecinos de enfrente a quienes, en más de una ocasión, escuche intercambiar insultos y trastazos. Al menos Horacio habitaba mi ruina sin inmutarse, entregado a la gravedad que lo vencía, en una ventajosa indolencia.

Comencé a ir y venir igual que los días, con su misma obstinación, desplazándome con idéntica disciplina, hasta que tropecé nuevamente con la mujer feliz. Fue imposible resistirse a tanta alegría. Caminé hasta ella con la intención de hablarle, pero antes que pudiera decir nada montó en el ómnibus que abría sus puertas en ese momento y desapareció entre la gente a medida que se alejaba. El grupo que quedó esperando otra ruta también fue presa del encanto. Pude ver el elogio en sus ojos, afiliarme a su embeleso, descifrar aquel júbilo que ahora me llegaba como una realidad atronadora, pero sobre todo escuché la frase que me salvó: es la viuda de Horacio.

Con el impulso del descubrimiento corrí a la casa, en donde me esperaban Horacio y la desolación. En la acera casi derribo a la vecinita de la esquina, que para colmo me saludó nerviosa y demasiado efusiva. Abrí la puerta y allí estaba, disimulado en su desidia. La voz del narrador deportivo quedó oculta por el murmullo que, inundando mis sentidos, me seguía desde la parada del autobús: es la viuda de Horacio. Y enseguida los comentarios reveladores de aquella gente sosteniendo su gloria, la de ella, la dichosa viuda de Horacio, tan radiante que es un primor de viuda, un gusto de viuda por fin liberada de ese marido insoportable y abusador. Lo agarré por el cuello y a tirones fui zafando las costuras. Desmembré su

cuerpo de muñeco insulso, le arranqué los mechones de cabello, vuelta toda mi frustración en cada ataque. En la mano con el nombre me ensañé y fui rasgando cada tramo de piel, hasta que no quedó ni un asterisco. A plena luz del día devolví sus pedazos al contenedor de basura. La cabeza la fui llevando por delante, pateándola con más pericia que la primera vez y mientras los ojos me miraban entre el horror y la súplica se la dejé finalmente a un perro feo y hambriento que la emprendió a tirones con una oreja. Entonces comencé a reír y no paré, hasta que una alegría increíble se perpetuó en mi rostro.

La entrevista

Miguel Salvioli
Buenos Aires, Argentina

Había pactado el encuentro en una fonda de los alrededores del Zócalo. Cada viernes al mediodía, la ciudad hervía de gente y vehículos, de ruidos y olores. Mis pensamientos compartían con la calle el mismo hormigueo, pero en mi caso la efervescencia sensorial del exterior mutaba hacia adentro en un agolpamiento de preguntas por hacer, preguntas que no terminaban de adoptar la sintaxis definitiva porque yo me empecinaba en no dejarlas decantar y pasarlas al papel; antes prefería que se mimetizaran con el desorden circundante, quizá animado por la improbable idea de que ese caos pudiera mejorar su formulación.

Así, entre el tumulto callejero y los bosquejos de preguntas, fue como llegué al lugar de la cita. Una vez en el interior de la fonda, todo se aquietó, incluyendo la tormenta de mi cuestionario mental. Acaso esa calma súbita fue un efecto colateral de la presencia de la persona a entrevistar, ya había llegado, me esperaba sentado a una mesa del rincón con esa sobriedad y esa parquedad que transmitía su figura alargada,

como si desde lo gestual ya me estuviera advirtiéndome que no pretendiera respuestas verborragias, ni demasiado complejas sino más bien frases breves entre extensas pausas silenciosas. Y, por cierto, en reemplazo de lo que yo había previsto, se instaló un tiempo de almuerzo en común, minimalista, que no iba a ser preparatorio de ninguna gran conversación posterior. Habría resultado inútil que yo hubiese intentado pasar en limpio las preguntas porque las preguntas, como por un repentino contagio, se enmudecieron dentro de mí. Bebimos y comimos los dos callados, apenas acompañados por los sonidos ambientales. Casi no hubo diálogo, mucho menos reportaje. Entendí que el hombre ya había dicho oportunamente todo lo que tenía que decir y que no hacía falta agregar palabras. Acepté que el valor del encuentro residía en compartir su mutismo y que yo debía replantear mi artículo periodístico a partir de ese material quieto y escaso.

Lo que no entendí ni acepté, al menos no tan rápida ni explícitamente, se dio al finalizar la cita, saludarnos con respeto y querer yo salir a la calle para retomar mis diligencias de viernes a la tarde, del otro lado de la puerta me recibiera esa desolación ardiente, polvorienta, salpicada de casas y de sombras, que algún lector atento habría encontrado demasiado parecida a Comala.

Murmullos en Barrero Grande

Mariano Montero
Asunción, Paraguay

Mi nombre es Benedicto Sanabria. Estoy flotando sobre una vieja puerta de lapacho. Mi último recuerdo es que estaban sumergiendo mi cabeza en una pileta llena de agua putrefacta y excrementos. En ese momento, resistiendo con mis últimas fuerzas, se había desatado el nuevo diluvio universal que tanto anticipé, acontecimiento que detuvo mi sufrimiento. Luego, una obscuridad total.

Se suponía que el nuevo diluvio eliminaría a los explotadores, a los militares y a los curas; y que la gente justa junto a mis queridos pocovíes, se salvarían en el arca que construimos sobre la orilla del río Piribebuy. Pero actualmente no veo a nadie en esta ciudad inundada que, supongo, debe ser la capital de mi sufrido Paraguay.

La primera señal de vida que divisé fue muy extraña. Parecía ser un hombre que nadaba al estilo clásico. Lo observé desde lejos y comencé a llamarlo a los gritos. Sin embargo, pasó a unos cuatro metros de mi puerta-balsa y nunca levantó su cabeza. Me llamó poderosamente la atención su capacidad

de permanecer bajo agua tanto tiempo conteniendo la respiración, ¿Habré estado mucho tiempo inconsciente desde el comienzo del diluvio y será que ya nos adaptamos como especie al mundo acuático?

Definitivamente, Benedicto fue mi mejor personaje. Sin menospreciar a Lázaro, que se trataba más de un espejo de mí mismo que de una creación, Benedicto es mi hijo preferido: una especie de dios terrenal con todos los vicios humanos posibles y aún de aquellos no conocidos. Al mismo tiempo, un hombre con sentido de la justicia convencido de una sola cosa en este mundo, que la torta no está bien repartida... Huérfano de madre, fue una entera creación mía...

Luego de mucho flotar y remar con un poste indicador de la calle Piribebuy, escuché unas voces lejanas hacia mi izquierda:

—¡Benedicto! ¡Benedicto!

Enfilé para allá y ya se escuchaba

—¡Mi querido hermano menor, acá estoy! —gritó una persona ubicada sobre lo que parecía la tribuna alta de un estadio de fútbol, sosteniendo algo en su mano derecha mientras saludaba con la izquierda.

—¿Cómo sabes mi nombre? ¿Te conozco?

—Soy tu hermano mayor Benedicto, ¿nuestro padre no te contó de mí, de nosotros?

Cuando terminó la frase, dio vuelta lo que sostenía en su mano derecha que parecía una presa peluda, algún gato o algo por el estilo. Hasta yo, Benedicto Sanabria, señor de los pocovíes y conocido como General en Yaguarón y alrededores, acostumbrado a ser testigo de episodios inimaginables, no pude disimular mi expresión de sorpresa y pánico. Eso que sostenía mi supuesto hermano mayor era una cabeza humana:

—Él es Rafael Droguet, un tío tuyo, y yo soy Lázaro López, tu hermano. No puedo creer que Papuchín no te haya hablado de nosotros. A propósito, ¿no has visto por dónde vienes a un cuerpo sin cabeza? Desde que llegó el diluvio que lo estamos buscando. Estoy un poco cansado de sostenerlo

Me quedé mirándolo fijo, pero más a la cabeza parlante que repetía constantemente “Soy Rafael Droguet, estudiante, y me está secuestrando la policía”. Aquel fenómeno de la naturaleza dejó de interesarme y me invadió una furia indomable... Me acababa de dar cuenta de que nunca supe nada de mis orígenes y nunca me preocupé por hacerlo. ¿Yo, Benedito Sanabria,

tenía un padre? Siempre había creído que fui resultado de una combinación de fuerzas de la naturaleza, un hijo de la tierra, del bosque. Lázaro lo interrumpió:

—Tu perteneces a la familia que él tuvo en Yaguaron, la verdad, mucho más entretenida y simpática que la nuestra...

—¿Cómo se llama nuestro padre y dónde lo encuentro?

—La verdad, ya nadie recuerda cómo se llama. Todo el Paraguay lo olvidó hace mucho tiempo. Pero puedes remar hasta Barrero Grande en aquella dirección y allí lo encontrarás. Es el único escritor conocido que salió de aquella ciudad. Solo pregunta por algún vecino que tenga una máquina de escribir, así darás con él. Espero que haya sobrevivido a este diluvio. Prepárate para unas diez jornadas de remo. Envíale mis saludos.

En un principio lo bauticé con el nombre de Gregorio González para que nadie se vea aludido en un país como el Paraguay, en donde el González primordial regó con sus semillas todo el territorio. Sin embargo, al poco tiempo decidí que sea Benedicto Sanabria, porque sonaba más fuerte y tenía reminiscencias religiosas... Mientras transcurría el cuarto día remando hacia Barrero, me di cuenta de que no tenía conmigo el cuaderno en el que estaba escribiendo mis Memo-

rias, las que ningún editor tuvo el valor de publicar: “podrían afectar el cerebro de los paraguayos que las lean” era lo más suave que me dijeron. Ese fue el paso previo para mi trabajo político en Yaguarón con mis fieles pocovíes. El resto, el que sea una persona informada ya lo sabe: cuando el pueblo respondió a mi llamado a la insurrección, las fuerzas represivas me detuvieron y me estaban torturando salvajemente, cuando... sí, se produjo el diluvio anunciado por mí. Junto con mis Memorias, seguramente también se perdió el Tratado de Koprocas, libro que contenía todas las respuestas a las necesidades de la sociedad.

Mi padre, del que ahora me enteró que es un escritor, me negó una ascendencia y ni siquiera se preocupó por inventarla. Algunos murmuraban en Yaguarón que mis antepasados provenían de Badajoz.

Pasados casi ocho días, finalmente pude divisar lo que todavía sobresalía del cerro Cristo Rey. Había llegado a Caacupé. La búsqueda de mi desconocido padre era como la peregrinación anual que los paraguayos hacen a Caacupé, pero hecha después del tan anunciado enojo del señor. Solo faltaban unos diez kilómetros más. El problema sería poder encontrar una referencia en una zona sin puntos altos como Barrero Grande.

Dos días después tenía la certeza de que había llegado, pero no me crucé a nadie en el trayecto y no encontré señales conocidas, sentí que unos gritos y llantos perdidos de niños que parecían estar en el medio de una batalla me llamaban y me guiaban el camino hacia Barrero, cuando en eso apareció uno de mis queridos pocovíes:

—¡General General!, ¿qué hace usted por acá? ¡Lo creíamos muerto!

—¡Qué muerto ni que mierda!, todavía no existe azote de Dios que pueda con Benedicto Sanabria. ¿Qué llevas allí? —le pregunto Sanabria, notando algo negro detrás del pocoví.

—No sé qué es General General, pero parece que sirve para que aparezcan letras ¿ve? Cada botoncito de estos hace que aparezca una letra acá, pero hay que ponerle papel que no encuentro por ningún lado, está todo bajo agua...

Le pregunté dónde había encontrado eso, y me señaló el techo de una casa pegada a un cerro bajito conocido como Ka'undy. Le expropié la máquina de escribir explicándole que serviría para la próxima revolución y enfilé para aquella casa o techo simplemente.

Una vez allí, amarré mi puerta-balsa a una viga que sobresalía de un costado del tejado y permanecí allí pensando que mi padre innominado podría aparecer en cualquier momento. En eso, un señor llega en un bote de verdad remando tranquilamente hacia mí. Tenía el aspecto del Mariscal López:

—Hola hijo, veo que encontraste mi máquina de escribir. ¿Se trata de un mensaje?, ¿me estás sugiriendo que debo reescribir tu historia?

—¿Qué forma fría es esta de recibir a tu propio hijo?, ni siquiera sé tu nombre, bah, nadie lo sabe ya... Además, ¿a qué te refieres con reescribir? Estoy vivo y puedo reescribir mi vida yo mismo

—Así es, ya nadie me recuerda, por lo tanto, no vale la pena que te diga mi nombre. En cuanto a lo otro, yo ya no estoy en condiciones de ayudarte con esto Benedicto. Ya no estoy en ese plano... y tú tampoco. Yo era jovial, como tú, el alma de las reuniones y las fiestas, pero me bastaron unos años en el exilio europeo para volverme taciturno y encerrarme en mí. Incluso nadie se enteró de mi partida y aunque no lo creas llegué a tener un cierto renombre. Así que no te quejes, por lo menos tu final fue épico. Tendrías que agradecermelo. Y no me

tengas rencor. Yo también tuve problemas con mi padre y seguramente mis hijos los tendrán conmigo. Es una maldición que nuestra estirpe lleva en la sangre, y tú no podías quedar al margen de esto.

—¿Por qué tuve que terminar de un modo tan violento? —preguntó Benedicto, resignado y entendiendo todo.

—Porque tu tierra es violenta, naciste en un país con una historia signada por la violencia. A un tío mío que fue muy famoso en su momento, antes de que tu nacieras, lo asesinaron de un modo muy parecido al tuyo... no sé si me inspiré en él para crearte. Pero no te creas que eres reflejo de la realidad. De ser así, hubieras sido mucho más violento. Si no lo fuiste, fue porque en parte eres invención mía, aunque, claro está que cierto escritor mexicano tiene algún crédito... Muchos piensan que tu Yaguarón es el Yaguarón real del Paraguay, pero no es así, ese Yaguarón es mi creación... cualquiera que pretenda visitar Yaguarón para encontrar los lugares que describo, va a perder su tiempo. Nunca pretendí reflejar la realidad tal cual era. Eso solo sería un panfleto. Por eso necesité crearte a ti. Nosotros tenemos que crear otra realidad.

Esto último, se lo dijo mientras se retiraba en su bote con la máquina de escribir diciéndole “voy a terminar con tu angustia Benedicto”. Permaneció toda la noche flotando en su puerta-balsa allí, en Barrero, escuchando nuevamente los lamentos de niños soldados y un repiqueteo lejano parecido al ruido de una máquina de escribir.

“Acepto ser tu espía...Luvina”

Julio Güemes
Cuernavaca, Morelos, México

Un día como cualquier otro, observando la rutina urbana; se hacía tarde. Una chica con apariencia introvertida pasó a mi lado en una cruz calle aproximadamente a las siete con treinta de la tarde. Nos miramos; ella, alta, con el cabello a los hombros, discreta en su vestir, de andar rápido, solo sonrió a medias mientras aceleraba el paso.

—¡Qué belleza! —Le dije, quedándose en mi memoria su imagen.

Pasaron algunos días, y a la misma hora pasó de nuevo. El clima era fresco; esta vez portaba una chamarra y volvió a voltear sonriendo de manera discreta, tratando de disimular. Fui esta vez más observador, no dije nada; tan solo la miré como apresuraba el paso intentando que no la siguiera a discreción.

Pasados unos días, la volví a topar en otro horario, quizá las tres de la tarde, a pleno sol; ella lucía más desinhibida. Un vestido que permitía que presumiera sus torneadas piernas, pero tam-

bién dejaba al descubierto varios tatuajes; en el brazo izquierdo, en la parte alta de la espalda y otros que no me atrevo a describir su ubicación.

De igual forma, me sonrió. Esta vez de una manera suspicaz, interpretando esa sonrisa como un reto a algún juego prohibido. Era la antítesis de la otra imagen que se me había grabado en la memoria. Esta vez solo pude expresar: —¡Mira nada más!, al parecer siendo esta expresión de todo su agrado y aceptación (Sonrió de una manera diferente, con malicia).

Siempre ella hermosa, con una sonrisa dibujada en los labios; seguramente sabedora que me traía ¡loco!

Esa mirada, ojos grandes y pizpiretos, tez blanca, cabello al hombro, estatura como Diosa (1.72 mts.) y la seguridad en cada paso, asentándolo de manera regia, segura de su porte. ¡Qué mujer!; sonrisa correspondida, intuición en la mirada, recorriéndonos mutuamente; un lenguaje creado por nosotros al estilo morse: un guiño, una mirada fija, qué sé yo. Nos entendíamos al sentir nuestras presencias, como ausencias postergadas que traspasan la barrera de la espera.

Un día más, la encuentro con un grupo de amigas, disfrutando de un delicioso frappé. Pasé al local y me senté a unas mesas donde estaba ella. Disimulando

me quedé quieto para admirarla; ella, inmediatamente supo que estaba yo ahí. En una tertulia de mujeres, se hacía notar la charla de corte y recorte. Yo, apenas asomando la nariz, me inmiscuí en ese ambiente de charlas de frappé. Ella, solo dijo: —Luego platicamos, a lo que entendí “chismoso”, seguramente quiso decir.

Dentro de mí, le hice una promesa: Acepto ser tu espía. ¡Qué juego tan retador!, la adrenalina recorre cada centímetro del ser.

En mis ratos libres, cuando mi trabajo me lo permitía (Trabajaba en ese entonces vendiendo libros en ferias itinerantes en algunos estados de la república mexicana) acudía a la cruz calle donde todo comenzó (Rayón y Galeana). Muchas veces ni rastro de ella. En ocasiones ella, sabedora de su admirador, pasaba ya a las tres de la tarde, de manera puntual e invariable, compraba uno o dos cigarrillos en el puesto de periódico, y los disfrutaba. Veía en su mirada la satisfacción que le inyectaba el reto a ser espiada por mí (De reojo me observaba).

Ocurrió en esas fechas el terremoto del 19 de septiembre del 2017, para colmo Morelos fue el epicentro, lugar donde se desarrolla esta historia antirromántica.

Caminando por la calle Gutenberg en el centro de Cuernavaca, lugar donde resido, pasada la una de la tarde, comenzó el terremoto de manera oscilatoria, culminando de forma trepidatoria. Por primera vez en mi vida, sentí el miedo a fenecer. Era un poco menos que imposible caminar; los vidrios de las ventanas de las casas que estaban abiertas se estrellaron y caían precipitadamente al piso. Una amenaza más que peligrosa para detenerse y no avanzar. Observé las calles paralizadas en el tráfico, debido a que los automovilistas detuvieron sus coches y decidieron ya no avanzar, y a decenas de personas hincarse y llorar, clamando a Dios su misericordia. Las manos me hormiguearon de la impresión, corrí a visitar a unas tías y un primo que viven en la zona céntrica de esta ciudad. Me sentí como extra de una película catastrófica. El Palacio de Cortés había sufrido daños (el derrumbe de sus almenas), igual que la catedral y la iglesia de Guadalupe (Se fracturaron sus cúpulas), monumentos históricos de la ciudad de la eterna primavera. Llegué al domicilio de mi familia, quienes gracias a Dios no habían sufrido ningún daño, más que alteración nerviosa y asombro por la magnitud del sismo. Retirándome satisfecho después de unos minutos, al constatar que ninguno había sufrido daños; volví a la urbe, haciendo un recorrido por la zona centro, donde las autoridades habían acordado la zona, por ser ésta de las más dañadas. Un

edificio conocido como “La torre Latinoamericana” sufrió el derrumbe de la antena transmisora de una estación de radio que transmitía desde el inmueble, causando daños al edificio y la muerte de unas personas que viajaban en el transporte público al ser alcanzadas por la estructura metálica derribada. Un gigante mancillado (mi gran ciudad había sido dañada, era un golpe al orgullo, pero también era agradecerle a Dios la oportunidad de seguir con vida).

En cuanto se supo la noticia del derrumbe de la antena, me llama al celular un amigo de protección civil estatal de Nombre Pedro, y me comenta: — Julio, hazme un favor. Ve de inmediato a la torre Latinoamericana, y pregunta si puedes ayudar en algo. A lo que inmediatamente le dije que sí. Me dirigí al lugar, y ya las autoridades tenían acordonada la zona, por lo que me dirigí al responsable de la brigada, y le comenté: —Vengo de parte del sr. Pedro de protección civil estatal a ponerme a sus órdenes, en lo que pueda ayudar. Me contestó: — Mucho va a ayudar si se retira por favor. Y dígame a Pedro que muchas gracias. Por cierto, ¿cuál Pedro? A lo que comenté: —Pues Pedro el que trabaja en protección civil de palacio de Gobierno. Me contestó: —¡Ah!, si después me acuerdo de él, yo le llamo.

Fui un héroe sin batalla, el simple hecho de haber estado sintiendo la presión en el ambiente, hizo que me sintiera satisfecho y comprometido con mi país. Le llamé a Pedro y le dije: —Mi comandante, misión cumplida. Obedeciendo la instrucción “No estorbar”. A lo que me preguntó: —¿No te dejaron integrarte a la brigada? —La verdad ni me dejaron acercarme. Soltó una carcajada, agradeciéndome el gesto.

Vino el flash a mi mente de la imagen de mi musa. ¿Qué habrá ocurrido con ella? La ciudad estaba en un estado caótico, las autoridades incitaban a los transeúntes a regresar a sus hogares y estar alertas por cualquier réplica del sismo. Tuve que retirarme y llevar en mi memoria la sonrisa de la mujer que me había quitado el sueño. Esa noche dormí con la ropa puesta, por si había que salir corriendo. Vivía en un edificio de cuatro pisos en la planta baja, que no era consuelo, debido a que cuando una construcción se colapsa, bastan segundos para que todo se venga abajo.

Dormité en espasmos; llegada la mañana me levanté y fui al lugar donde descubrí que las Diosas suelen bajar a la tierra. Un amigo que vende fruta precisamente en esa cruz calle, me comentó: —Ayer no viniste; le respondí que las autoridades no permitían deambular, por

precaución de la magnitud de los daños, e invitaban a retirarse del lugar, ya que la zona centro fue de las más afectadas por ser donde hay edificios más antiguos.

Eran aproximadamente las once de la mañana cuando vino mi musa a materializarse en medio de un clima de alerta. Nos saludó a los ahí presentes y observó que el edificio donde se forma la cruz calle no hubiera sufrido daños, recorriendo de arriba abajo el inmueble con la mirada, que es el lugar de nuestro primer encuentro.

A manera de hacer contacto con ella, mencioné en voz alta: —Estoy bien, no me pasó nada. A lo que solo esbozó una sonrisa sin contestar. ¡Sí que sabe castigar-me esta belleza! Pasados unos minutos se retiró con su acompañante, dirigiéndose al edificio de gobierno. Una pista más para mi incipiente carrera de detective. De pronto vino una ausencia de aproximadamente tres meses. Nada de ella, ni a la una, ni a las dos, ni a las tres ¡pum!, desapareció. Indagando aquí y allá, nadie la había visto en ese tiempo. Así que me resigné a que tal vez ya no trabajaba ahí en palacio de Gobierno. Ya estaría en otro trabajo y en otro rumbo.

Caminando a las siete de la mañana, que es mi rutina para sentir el aire fresco y meditar acerca de mi vida, en una calle céntrica (Comonfort), la topé a media oscuridad; había salido de un domicilio en esa calle.

Ella no me había visto, así que la seguí a discreción. Se dirigió al edificio de gobierno y se introdujo en el inmueble. Mi amigo el frutero que a esa hora ya suele estar en su puesto ambulante, me preguntó: —¿Qué, ya viste a tu güera?, a lo que asentí, y le comenté que ya sabía dónde vivía. Él me dijo: —Ya te la ganaron, la vi con un chavo alto, de la mano. A lo que me negué a creer y le dije que necesitaba verlo con mis propios ojos. Eran por cierto vísperas de noche buena. Por la tarde, estando con mi amigo el frutero, pasó tomada de la mano de un tipo de aproximadamente 1.90 m. La vi, seguramente con mirada de furia y decepción (quién sabe qué cara habré puesto), sintió mi mirada y soltó de la mano al tipo, se me quedó viendo entre admirada y apenada y se adelantó al paso de su acompañante. Días después la veía transitar de nuevo sola.

El antirromanticismo actual, el famoso “free”, caricias y agasajos por un rato y después ni te conozco. Se miraba serena, como si no le hubiese dolido el rompimiento con su pareja. Me miraba de una manera discreta, dejó de verme con esa chispa que me atrajo. Yo quise disimular, tratando de ignorarla, pero me resultó imposible.

Nos topamos unas calles más abajo de la cruz calle inicial, exactamente entre Abasolo y Galeana, venía sola y ya eran cerca de las seis de la tarde. Yo, al toparla frente a frente la miré directo a los ojos, sin

pestañear de una manera fija y sin arrepentimiento. Solo me sonrió y apresuró el paso. Evasiva a flor de piel. Tal vez en realidad, no era la conquista; podría ser curiosidad o algo por el estilo de parte de ambos. Más bien en mí despertó una enorme atracción por sus tatuajes. Confieso que nunca he salido con una mujer tatuada. Había nacido en ambos el querer saber quién es la otra persona. De hecho, así es como se inicia una amistad, un idilio o hasta una investigación. Me estaba perfilando como detective, sentía una enorme curiosidad por descubrir a esta chica. No era deseo de seducción, era una sensación de saber algo clave de ella que me satisficiera esa sensación de saber. Con más ahínco desde ese momento me propuse ser su espía de verdad. Unos días más tarde, la topo en la calle de Nezahualcóyotl, cerca de Comonfort. Me sonrío de manera coqueta y camina con la cadencia de una modelo. Por cierto, llevaba un vestido corto que dejaba admirar sus hermosas piernas. La seguí discretamente y se metió a un bar de la calle Comonfort. Muy sigilosamente, me introduje en el lugar. Ella se sentó en una de las mesas del fondo. Yo para no hacerla sentir acosada me quedé a unas tres mesas de la de ella. Pidió cerveza con vaso escarchado y hielo. Yo pedí ron. Después de varios tragos ella pidió la cuenta, de manera muy discreta le dije a la mesera: —Por favor cóbrame el consumo de esa dama. No le digas nada, simplemen-

te que ya está pagado, y cóbrame también mi consumo. Ella, obviamente intuyó y salió de prisa del bar. A partir de ese momento, siempre estaba alerta de mi alrededor. Quise saber quién era esa chica del tatuaje de escorpión. Casualmente nadie la ubicaba. Unos decían que no les era familiar una mujer con esa descripción; otros, que definitivamente no la habían visto.

Un día, comiéndome un cóctel de fruta con mi amigo Pedro (el frutero), estaba otro amigo de nombre Esteban ahí conmigo (Quien, por cierto, también trabaja en gobierno). Ella pasó y lo saludó diciéndole “amiguito”. Le pregunté: —¿Cómo se llama esa chica?, a lo que me contestó: —Tiene un nombre poco usual. Deja acordarme... creo que Lu-vina. Quedando de nuevo como una incógnita.

Me cuestioné a mí mismo, y traté de encontrar la manera de abordarla. Investigué sobre el tema de los tatuajes, llegando a conclusiones de que o trataba de poner distancia con el símbolo del escorpión para que no la consideraran una mujer débil, o intentaba expresar que estaba sola; porque muchas personas se tatúan un escorpión como símbolo de soledad, o tal vez ese era su signo zodiacal. Aunque también investigué que el escorpión es un símbolo de protección.

Realmente antes de ella, yo no estaba involucrado en el mundo de los tatuajes; hoy en día si veo a una chica con tatuajes, sé que a través de su cuerpo está contando una historia.

Vino de nuevo una ausencia, de uno o dos meses. Haciendo memoria recordé el pueblo narrado por Rulfo “Luvina”. Qué coincidencia, la soledad que regalaba esta mujer a mi persona simulaba al pueblo desolado. La belleza camuflajada de misterio se convirtió en enigma. Entre mis salidas a otros estados por la venta de mis libros y sus escabullidas pasó el tiempo. Estamos ya en marzo del 2018. Un buen día mi amigo Pedro, el frutero, me dijo: —Ya apareció Luvina. Pero ahora anda con otro chavo que trae una moto. Debí suponer que esa era su libertad; nunca supe su edad, ni tampoco algún dato de su persona; pero lo que reflejaba en su mirada era precisamente eso: Libertad.

Caminando por la calle de Galeana, me encontré a mi amigo de la prepa Esteban, quién me comentó: —A la chava que te gusta le tocó recorte de personal; también hizo la mímica de unas tijeras.

No la volví a ver pronto, de hecho, algunos conocidos que si la identificaban, me mencionaron que ya no pasaba a comprar al supercito de la es-

quina ni tampoco pasaba ya a fumarse sus cigarrillos de costumbre en el puesto de periódico.

Estando un buen día deambulando por la calle de Guerrero, me introduje a un bar. Estaba en uno de esos días que te sientes nostálgico. Pedí una botana y tequila con squirt. Gente entra y sale en un bar como este, de manera que es imposible estar atento a todos y cada uno de los que entran a embriagarse. Sentí las miradas de manera insistente, volteé de manera discreta y ella estaba ahí. A unas mesas de mí. Se había rizado el cabello y usaba gafas oscuras, de manera que se camuflajeaba ante mí. En un momento dejó al descubierto su brazo izquierdo, logré mirar el escorpión y sus hermosas piernas estilizadas. Me levanté y fui a su mesa, ella se volteó como para ignorarme, a lo que yo me senté contra su voluntad solo diciendo: —Ya duró el juego un buen rato. Te invito unos tragos. Ella me comentó que no la malinterpretara, que solo iba pasando y se le ocurrió entrar a distraerse un poco. Yo le pedí de favor que aceptara, que no iba a pasar nada que ella no quisiera. Bebimos un buen rato. Pasadas un par de horas nos perdimos en la noche, solo la piel habló por nosotros.

Un buen día, del mes de mayo del 2018, parado en la cruz calle de Galeana y Rayón la vi sola, con una vestimenta que la aseñoraba, cubriendo sus tatuajes con

una blusa de manga larga, pantalón y zapatos de vestir. Se cambió el tono de cabello... aun así la reconocí. Volteó al sentir mi mirada disimuladamente y me vio. Yo no pude contener las ganas de decirle sonriendo: —Hola, Luvina. Ella apenas me sonrió y se fue.

La vida cambia, las costumbres se trasmudan y la realidad se tergiversa ella misma, mezclando situaciones que no se pueden explicar. Lo único que no cambia es un sentimiento surgido de una relación que se convirtió de un juego a una realidad. Vino después la desolación por la pandemia y la soledad se volvió incluyente. Luvina fue el vaticinio de esa desolación. Las calles vacías, las iglesias sin un feligrés que redimiera su alma. Los centros comerciales de igual manera solo dejaban pasar de cinco en cinco clientes. Los parques públicos acordonados para evitar el paso, las calles desérticas y un eco sordo que reclamaba algarabía.

Con Luvina nació un mundo donde me permitió vivir. Acariciando la suavidad de su frescura, y ahogándome en el vaho de pasión. Viví un momento de fugacidad... habité lo inhabitado de su soledad. De una manera u otra ese destino cumplió con su cometido... entrelazar a dos solitarios que se tenían que conocer.

Literatura más allá de los libros



Artículo

Foto: Ramón Ángel Acevedo Arce (Rakar)



Penando en Comala: discursos sobre el recuerdo y la memoria, a través de las voces de los espectros de Rulfo

Dctr. Ángel del Río Rodríguez
Universidad Autónoma de Barcelona

“es el relato de un pueblo: una aldea muerta, en donde todos están muertos, incluso el narrador, sus calles y campos son recorridos únicamente por las ánimas y los ecos capaces de fluir sin límites en el tiempo y en el espacio”

Juan Rulfo, Pedro Páramo

Tradicionalmente, el uso de ciertos personajes en la obra nos permite ahondar y profundizar con mayor trascendencia en los entresijos que se oculta dentro de un gran relato. La liberación paulatina de esbozos que construyen la totalidad del argumento acostumbra a verse sesgada por la visión o experiencia de los diversos personajes, que pueden ofrecernos puntos de vista diversos o, incluso, la revelación de secretos que nutren al lector.

En este sentido, cabe recordar que, a lo largo de la tradición literaria, se ha recurrido a una serie de personajes o motivos (frecuentados habitualmente), con la intención de mostrar y de revelar lo oculto o, mejor dicho, todo aquello que se nos escapa a los vivos y que, únicamente, pueden narrar aquellos que están más allá del presente. Recordemos el papel imprescindible que desarrollan Enkidu, Tiresias o la Sibila, acompañando y guiando el relato de grandes héroes como Gilgamesh, Odiseo o Virgilio. Esta importante función la podemos observar en la presencia del Rey Hamlet, tras ser asesinado y presentarse como una sombra, como un espectro. La interacción entre el fantasma del rey y el héroe shakesperiano permiten que la interpretación del príncipe ahonde más allá de su concepción del presente. La revelación de su muerte permite el avance de la obra y, sobre todo, la conversión del difunto en confidente o en mentor del protagonista.

Resulta ineludible, a la hora de referirnos al retornado, el muerto que regresa del más allá bajo diferentes formas, que hagamos hincapié en las creencias populares y folclóricas que se vinculan esta figura. A lo largo de la historia, el ser humano ha elaborado supersticiones, creencias y relatos que giran en torno a los difuntos. Presentes en los antiguos cultos funerarios, su presencia resulta inevitable en las leyendas so-

bre aparecidos, de las almas en pena que atormentan a los vivos, clamando por redención o por venganza. Es evidente que, en torno a la figura del revenant, existe el temor a los muertos y a la vida en el más allá. Como bien advierte Freud (1992: 241-242), sobre la vinculación entre esta figura y nuestros miedos: «el muerto ha devenido el enemigo del superviviente y pretende llevárselo consigo para que lo acompañe en su nueva existencia», nos aterroriza la posibilidad de que lo inerte o inanimado, aquel que ha fallecido pueda regresar. Como señala David Roas (1999: 93): «el cadáver en sí mismo es inofensivo. Lo verdaderamente terrorífico es la apariencia de vida que queda en la muerte, es decir, la posibilidad de animación del muerto y de su regreso a nuestro mundo». Este hecho explicaría la necesidad de asistir al fallecido, otorgándole sepulcro, para cerciorarnos de que su alma descansa en paz y, así, evitar que regrese. En la antigua Grecia se establecía una asociación axiomática entre el regreso del difunto y la ausencia de sepultura o de los respectivos ritos funerarios, que les permitiesen acceder al más allá (temática recogida en *La Antígona*, de Eurípides). Evidentemente, la negación de sepulcro propiciaría el regreso del muerto, convertido en un espectro. De la misma manera, existe la creencia folklórica de que el fantasma se manifiesta debido a la no-conclusión de algún motivo que ha dejado pendiente, en vida:

Así, el muerto interrumpe su descanso eterno y vuelve (el término francés *revenant* para referirse a ellos expresa muy claramente esta idea) para vengarse de los vivos, atormentándoles en forma de espíritu u otra manifestación sobrenatural semejante (esqueletos animados, cadáveres resucitados). Ya sea porque no se le guarda el debido respeto (o memoria), porque murió antes de cumplir cierta acción o de satisfacer determinada venganza, o para proteger a alguien, lo cierto es que el muerto regresa al mundo de los vivos con la intención de poner las cosas en su sitio (Roas, 1999: 94).

El regreso del difunto, a su vez, se vincula con la incertidumbre que genera en el ser humano la muerte, debido a la incapacidad de responder ante tal fenómeno. Fruto de ello es que concebamos a los espectros como «sombras de los muertos aparecidas para visitar los lugares que antaño habitaron» (Lenne, 1970: 67), ahondando en las reminiscencias del ser fantástico para explorar nuestro temor ante el fallecimiento, como una criatura situada en el umbral que separa a los vivos de los muertos. Como advierte David Roas (2000: 21-22): «La figura del fantasma, por tanto, no sólo tiene que ver con el miedo a los muertos (pues representan lo otro, lo no humano), sino que plantea la posibilidad efectiva de la presencia de lo sobrenatural en nuestro mundo», el temor ante el regreso del difunto manifiesta una experien-

cia aterradora para los vivos, porque es comprendida como el reflejo o el siguiente estadio que le depara al ser humano que aún vive. En este sentido, mediante la irrupción de un espectro se produciría una vulneración de la realidad, porque un ser imposible (capaz de transgredir las leyes biológicas que impiden retornar, tras haber fallecido) ha regresado, obviando los conceptos según los cuales se ordena nuestra realidad y, por tanto, nos estremece como una amenaza.

De la misma manera, el revenant alude a la perpetuidad y a la atemporalidad: tras haber abandonado su cuerpo mortal, el espectro se mantiene como un ente que refleja el pasado, el recuerdo y la memoria, puesto que es concebido como una existencia condenada a revivir constantemente el tormento que le priva del reposo, hasta que pueda descansar en paz. A pesar de esto, es evidente que, en la construcción del retornado, existe el deseo humano de albergar una vida eterna y de superar las fronteras de la mortandad –tal y como reflejan otros monstruos tradicionales como el vampiro o el no-muerto–, puesto que la atemporalidad y la inmortalidad que encarna el espectro permiten que el ser humano fantasee con «una posibilidad de trascendencia más allá de la muerte» (Roas, 1999: 95). En torno a esta idea, el monstruo proporciona la perpetuidad a través del recuerdo, puesto que su estado de

no-existencia evoca al pasado, porque carece de presente o futuro y únicamente permanece anclado a un tiempo indeterminado. Esta condición que refleja el espectro se convierte en otro de los rasgos imposibles que definen a la criatura fantástica, porque remite a la atemporalidad, como un estado perenne, que vulnera las leyes de la física. Así, el revenant es un ente amenazador que provoca un desajuste cognitivo en nuestros modos de comprender la realidad. El difunto remite al pasado, al discurso mítico y atemporal que continúa latente. Su perpetuidad e incapacidad por abandonar nuestro mundo debe ser comprendida como una puerta abierta hacia una resonancia interpretativa del pasado. Desde esa perspectiva es cómo debemos leer y comprender el papel imprescindible que desarrollan los muertos en la Comala de Rulfo.

Los murmullos en Pedro Páramo

Cuando el lector se enfrenta a la novela de Juan Rulfo debe comprender que se trata de una obra cargada de simbolismo y que, sobre todo, requiere un esfuerzo a la hora de abordarla. El fragmentarismo que construye el relato y los constantes saltos temporales atentan contra el sentido de un argumento plácido. El leyente debe ser capaz de encajar y recolocar los hechos

narrados, por los diferentes personajes, dentro de un contexto espacio/tiempo que queda difuminado mediante los diversos y constantes exposiciones de los moradores de Comala. Son sus experiencias y la imprescindible presencia del lector los elementos clave que posibilitan la total comprensión de Pedro Páramo.

De hecho, podríamos referir a la inconexión de fragmentos que parecen quedar suspendidos en el pasado incierto y remoto, como cuando el propio Pedro Páramo toma la voz narrativa y nos explica cómo era su infancia y cómo se enamoró de Susana San Juan. De la misma manera, podríamos referir a los propios relatos de otros personajes de la obra. No obstante eso, ahí reside su clave narrativa: en “los murmullos” que cada uno de los difuntos relatan sobre su experiencia vital en Comala.

La atmósfera fantasmal construye topográficamente el contexto espacio/tiempo en el que se presenta a los personajes. Tal y como advierte Juan M. Galaviz, sobre la presencia y el funcionamiento de los murmullos: “expresa bien la especial atmósfera en que se desarrolla la novela” (Galaviz, 1980: 43). Cabe hacer hincapié en el hecho que inicialmente parece ser que Rulfo, tras la elaboración de algunos relatos, pertenecientes al Llano en llamas, como por ejemplo sucede

en “Luvina”, comenzó a idear la conceptualización del espacio poblado por difuntos errantes que funcionan como encaje narrativo, como voz que evoca constantemente a un pasado mítico. De este modo, a su vez, logra otorgar a Pedro Páramo un carácter mítico y, en cierto sentido, casi divino. Como afirma Octavio Paz, en *Corriente alterna* (1982: 18): “Pedro, el fundador, la piedra, el origen, el padre, el guardián y señor del Paraíso, ha muerto, Páramo es su antiguo jardín, hoy llano seco, sed y sequía, cuchicheo de sombras y eterna incomunicación. El jardín del Señor: el Páramo de Pedro”. Observamos el simbolismo que destaca Paz y, en especial, la dualidad constitutiva del personaje del padre y señor de toda Comala.

Al inicio de la obra, Rulfo nos introduce a uno de los personajes clave en su novela: Juan Preciado. De quien sabemos que es hijo de doña Doloritas (antigua moradora de la Media Luna y esposa de Pedro Páramo) y del hombre que da nombre a la obra. Doloritas se halla en el lecho de muerte y Juan, acompañándola en esos últimos instantes, promete cumplir su última voluntad: debe encontrar a Pedro Páramo y pedirle todo aquello que les debe. Mediante este eje temático es cómo se construye el sentido de la obra. Rulfo introduce conceptos como “el espacio del viaje, el espacio de la casa paterna, el espacio por con-

quistar” (Fajardo Valenzuela, 1989: 95). A lo largo de la novela asistimos a la contraposición de la búsqueda de Juan Preciado y a la recreación identitaria de Pedro Páramo, gracias a “los murmullos” que narran secuencias del pasado, emitidos por los difuntos y el propio espectro. Asimismo, la propia construcción topográfica de Comala se materializa mediante el relato y los discursos provenientes del más allá.

En cuanto a este concepto, es interesante destacar cómo Doloritas, la madre de Juan Preciado, refiere constantemente a una Media Luna idealizada, similar a la conceptualización de un Edén: “...Llanuras verdes. Ver subir y bajar el horizonte con el viento que mueve las espigas, el rizar de la tarde con una lluvia de triples rizos, el color de la tierra, el olor de la alfalfa y del pan. Un pueblo que huele a miel derramada...” (Rulfo, 2018: 88). Resulta llamativo el uso de conceptos que vinculamos estrechamente al bienestar, a lo armonioso e, incluso, a la sencillez. Aspectos que, obviamente, poseen un alto componente de idealización espacial mediante el uso del *ubi sunt*.

En cambio, tanto el lector como viajero constatan una oposición constructiva del espacio que queda en Comala: “Aquello está sobre las brasas de la tierra, en

la mera boca del infierno. Con decirle que muchos de los que allí se mueren al llegar al infierno regresan por su cobija” (Rulfo, 2018: 75). Cabe destacar la contraposición Edén-Infierno, presentados como espacios excluyentes y antagónicos. Juan Preciado únicamente halla las ruinas de los que fuese el hogar paterno, donde no persiste rastro alguno de vida. La tensión resultante entre el espacio narrado por los difuntos y la experiencia sensorial de Juan Preciado, terminan por generar la deformación y el debilitamiento físico de Comala. La ausencia de temporalidad y de señales de vida, produce en el lector una idea de abandono. Su deslocalización se traduce en la imposibilidad de relacionar la Media Luna con algún territorio geográfico reconocible. En cambio, observamos que se construye progresivamente la idea de un espacio poético que únicamente existe en la voz y en el recuerdo. Como bien advierte Vargas Llosa (1973: 188), sobre la materialización topográfica: “[Comala] no es un decorado sino un estado de ánimo, una clave en el diseño interior de los personajes, algo que emana de ellos y los define, una proyección de su espíritu”.

La importancia fundamental del viaje de Juan Preciado reside en las almas en pena que el protagonista halla constantemente. Hacíamos referencia a la idea

de Infierno y, de hecho, el primer personaje con quien se encuentra es Abundio, un arriero e hijo de Pedro Páramo. Encarnando el papel de Caronte, el espectro es el encargado de transitar entre este mundo y el más allá. La primera revelación sobre el paradero del padre viene dictada por sus palabras: “Pedro Páramo murió hace muchos años” (Rulfo, 2018: 77).

La travesía por la Comala infernal refiere a la idea constante del camino. Recordemos que en las grandes epopeyas clásicas, la catábasis es uno de los motivos habituales y tradicionales. El héroe debe acceder al más allá, para comprender la realidad, para conocer los misterios y la verdad. De algún modo, en Pedro Páramo no asistimos a un descenso, puesto que el infierno se ha materializado en la propia Comala. El pueblo narrado por Doloritas es un “paraíso convertido en infierno en la tierra” (Fajardo Valenzuela, 1989: 103).

En ese espacio infernal es donde Juan Preciado muere. El viaje del hijo culmina entre las ruinas de Comala. El protagonista es incapaz de hallar el paraíso narrado por Doloritas y por “los murmullos”. Únicamente, encuentra lo pesadillesco y lo terrorífico. No obstante ello, en la muerte es donde Preciado es capaz de cumplir con su cometido. Observemos cómo detalla Rulfo el fallecimiento del viajero:

El calor me hizo despertar al filo de la medianoche. Y el sudor. El cuerpo de aquella mujer hecho de tierra, envuelto en costras de tierra, se desbarataba como si estuviera derritiéndose en un charco de lodo. Yo me sentía nadar entre el sudor que chorreaba de ella y me faltó el aire que se necesita para respirar. Entonces me levanté. La mujer dormía. de su boca borbotaba un ruido de burbujas muy parecido al del estertor. Salí a la calle para buscar el aire; pero el calor que me perseguía no se despegaba de mí. Y es que no había aire; sólo la noche entorpecida y quieta, acalorada por la canícula de agosto. No había aire. Tuve que sorber el mismo aire que caía de mi boca, deteniéndolo con las manos antes de que se fuera. Lo sentía ir y venir, cada vez menos; hasta que se hizo tan delgado que se filtró entre mis dedos para siempre. Digo para siempre. Tengo memoria de haber visto algo así como nubes espumosas haciendo remolinos sobre mi cabeza y luego enjuagarme con aquella espuma y perderme en su nubazón. Fue lo último que vi. (Rulfo, 2018: 124-125).

El cuerpo de Preciado es enterrado junto a Dorotea, en una misma fosa. Ambos relatan cómo se producen los instantes finales del viajero, quien revela que el temor generado por los murmullos fue el causante de su muerte. En este sentido, podemos establecer un nexo interpretativo entre la revelación del difunto propio de la catábasis y la incapacidad del vivo

por soportar la verdad. Tal vez, la imposibilidad de Preciado por encontrar el paraíso y en él a su padre, junto con la difuminación ilusiva que experimenta por el viaje fallido y, por ende, por no cumplir con el deseo materno, le hacen sucumbir y morir.

-Siento como si alguien caminara sobre nosotros.

Ya déjate de miedos. Nadie te puede dar ya miedo. Haz por pensar en cosas

agradables porque vamos a estar mucho tiempo enterrados.

(Rulfo, 2018: 126)

La muerte como reveladora se materializa en la obra, retomando con fuerza la destrucción del tiempo y, en consecuencia, también del espacio. Tal y como advertía Eric Auerbach, en su ensayo *Dante, poeta del mundo terrenal*, el espectro persiste representado mediante la última imagen, previa a su defunción. En este sentido, el espectro como criatura que carece de progreso y de movimiento, únicamente puede sujetarse a su atemporalidad, a su capacidad perpetua para revivir constantemente su experiencia vital. El difunto, condenado a la infinitud, está sujeto al recuerdo, porque únicamente es aquello que aún “vive” en él. De este modo, solamente puede manifestarse a través de aquello que persiste: su memoria.

Cuando Juan Preciado cruza el umbral hacia el más allá, repara en las múltiples voces que continúan morando por Comala. La yuxtaposición dialéctica entre los fantasmas y sus relatos permiten al viajero asistir a la revelación o materialización discursiva de la Comala-paraíso. Asimismo, escucha por primera vez la voz de su padre y asiste a la comprensión de sus actos marcados por la violencia rural mexicana. La evocación mítica trae consigo la revelación al lector de cómo se produce la destrucción topográfica de Comala, llevado a cabo por el propio Pedro Páramo. La figura del padre se erige nuevamente como juez y señor del espacio y del tiempo. Su demoledora y cruel inacción, propiciada por la burla en el fallecimiento de su único amor, Susana San Juan, culmina en la devastación final que experimenta Comala.

A pesar de esto, Pedro Páramo debe asumir y experimentar, de forma definitiva, la propia muerte. Puesto que, tal y como le sucede a Juan Preciado, para poder alcanzar la ilusión y lo anhelado, debe sucumbir y fallecer. Únicamente en la muerte es donde puede hallar cuanto desea. Su figura termina por inmortalizarse, asumiendo su atemporalidad y su anclaje al tiempo muerto. Lo órfico se manifiesta como la única posibilidad para los moradores de la Comala-infierno, puesto que en sus recuerdos y en sus sueños, mien-

tras yacen enterrados en tumbas, son capaces de revivir todo aquello que perdieron y que un día fueron.

Comala y su topografía poética, mítica y simbólica se erigen como los principales elementos para comprender la novela. Tanto en su forma paradisiaca como en la vertiente infernal, Comala es el espacio donde se cobijan vivos y muertos. Donde los deseos y los sueños se immortalizan y, en especial, donde las ánimas aún pueden rememorarlos una vez y otra.

Este pueblo está lleno de ecos. Tal parece que estuvieran encerrados en el hueco de las paredes o debajo de las piedras. Cuando caminas, sientes que te van pisando los pasos. Oyes crujidos. Risas. Unas risas ya muy viejas, como cansadas de reír. Y voces ya desgastadas por el uso. Todo eso oyes. Pienso que llegará el día en que estos sonidos se apaguen (Rulfo, 2018: 109)

Paradójicamente, la presencia del vivo es aquella que reactiva al difunto. Su presencia le permite volver a contar, a revivir o a evocar el pasado. El viaje de Preciado resulta imprescindible para que los murmullos no se silencien y para que la historia de Comala se perpetúe una vez más. Así, mientras el espacio físico continúa deteriorándose y deconstruyendo la topografía resultante de Comala, las almas en pena la mantienen intacta y eterna, como un sueño al que pueden acudir y donde renacer constantemente.

Bibliografía:

FAJARDO VALENZUELA, Diógenes (1989): “Pedro Páramo o la inmortalidad del espacio”, en: Thesaurus. Tomo XLIV. Núm. 1. Centro Virtual Cervantes: https://cvc.cervantes.es/lengua/thesaurus/pdf/44/TH_44_001_102_0.pdf

FREUD, Sigmund (1992): «Lo ominoso», en: Obras Completas. Volumen 21. Madrid, Amorrortu Editores.

GALAVIZ, Juan M. (1980): “De los murmullos a Pedro Páramo”, en: Texto Crítico, núms. 16-17.

ROAS, David (1999): “Voces del otro mundo: el fantasma en la narrativa fantástica”, en: Brujas, demonios y fantasmas en la literatura hispánica. Universitat de Lleida.

ROAS, David (2001): Teorías de lo fantástico. Barcelona, Arco/Libros S.L.

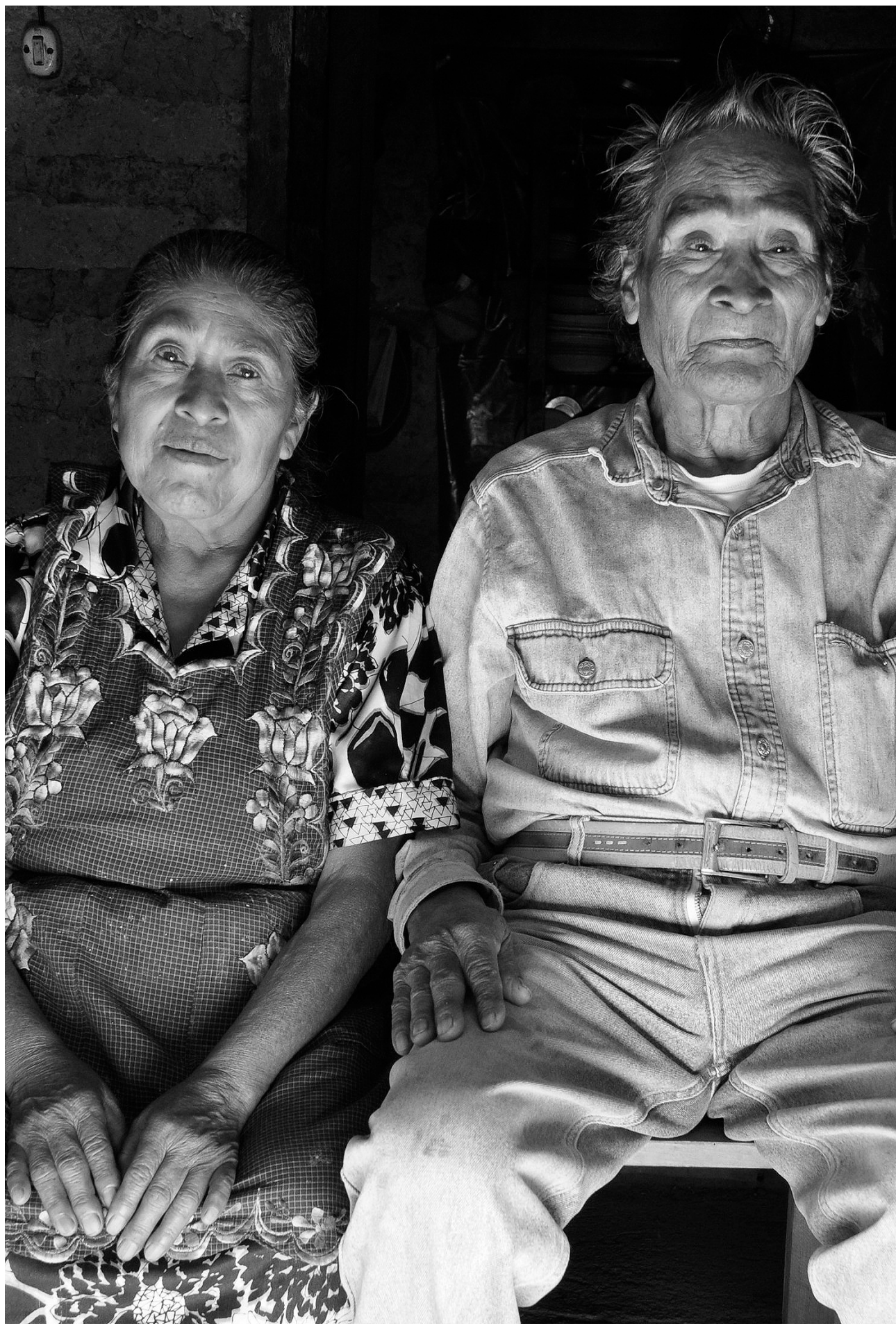
RULFO, Juan (2018): Pedro Páramo. Madrid, Ediciones Cátedra.

PAZ, Octavio (1982): Corriente alterna. México, Siglo XXI Editores.

VARGAS Llosa, Mario (1973): “Novela primitiva y novela de creación en América Latina”, en: La crítica de la novela iberoamericana contemporánea. México, UNAM.

Ensayo

Foto: Ramón Ángel Acevedo Arce (Rakar)



Viaje al Luvina de Juan Rulfo

Ramón Ángel Acevedo Arce (Rakar)
Ciudad de México, México , abril 26 de 2015.

Montaigne decía que viajar es ensayarse, que durante el recorrido el ser humano se construye y aprende el arte de vivir. Según el autor, este arte se adquiriría mediante la capacidad de observación, de la conversación y a través de los viajes. Y a quienes le preguntaran a este gran ensayista francés la razón de sus periplos (por Francia, Alemania, Austria, Suiza e Italia), él les replicaba que “sabía bien de qué huía, pero que ignoraba lo que buscaba”.

Yo no podía afirmar exactamente lo mismo, al menos en lo que se refería a este último viaje a México. Sabía en buena parte (o más bien intuía), lo que buscaba en este territorio cautivante y azaroso, y también sabía de lo que escapaba del mío propio, sin embargo, ignoraba mucho más de todo aquello que encontraría en tierras aztecas. Mi propósito confesado, era visitar aquellas aldeas y poblados que Juan Rulfo había recorrido en el estado de Oaxaca. De hecho el Proyecto que yo desarrollaba se llamaba “Oaxaca Profundo, tras la huella de Juan Rulfo en la cuenca del Papaloapan”.

Después de transcurrido un tiempo de mi estadía, pude entrevistarme con Francisco Martínez Neri, Secretario de Culturas y Artes de Oaxaca. Nos encontramos fortuitamente en el elevador y me atendió afablemente en su despacho. Conversamos latamente del Proyecto que me traía a su país y en particular a su estado, y también sobre Rulfo, a quien admiraba particularmente. De paso me comentó que en Oaxaca existía un pueblo llamado Luvina, pero que no sabía con precisión si se trataba del mismo lugar en que el escritor jalisciense se habría inspirado para su cuento homólogo (al escuchar sus palabras, de inmediato me asaltó la idea de encontrar y conocer aquel pueblo polvoriento y casi mítico). Después de algunos minutos de conversación, hizo entrar a su despacho a Lizbeth, encargada de Informaciones Culturales de la institución, a quien yo conocía desde una breve estadía anterior. Después de los saludos de rigor, le comentó que cuando se está fuera de la patria todo es más difícil, que México se caracterizaba por ser un país hospitalario, y acto seguido le encomendó contactarme con las autoridades municipales de los pueblos que yo me proponía visitar. Al día siguiente le pedí a Lizbeth que me hiciera los enlaces pertinentes para conocer el pueblo de San Juan Luvina y San Pablo Macuilianguis, que es el poblado contiguo y su cabecera municipal. Fue de este modo, y gracias a sus valiosas gestiones,

que a la semana siguiente pude dirigirme a San Pablo, y desde allí al lugar que yo anhelaba conocer.

Emprendí mi viaje con una mezcla de ansiedad y un dejo de romanticismo. Conocería el pueblo en que probablemente Rulfo se había inspirado para escribir su célebre cuento. Para mí no era insignificante este hecho; asemejábase a la experiencia de aquellos escritores que viajaban al país de su poeta predilecto para honrarlo ante su tumba. Me subí al autobús en una parada ya distante de la base-terminal. Casi todos los asientos venían ocupados y me dirigí hasta el fondo del pasillo, en donde advertí que habían algunos espacios desocupados en la última fila. Allí permanecí sentado hasta el final del viaje, absorto en el paisaje que se adentraba fugaz por la ventanilla. Durante el trayecto, un joven que ocupaba uno de los lugares contiguos, me preguntó adónde me dirigía. Le informé que a San Pablo Macuilianguis. Intercambiamos lacónicamente algunas palabras y me enteré que vivía en el mismo Luvina, y que faltaban pocos días para la fiesta del pueblo. A mitad del trayecto se instaló a mi lado un hombre de complexión robusta y que aparentaba uno 50 años, aunque no distinguí muy bien los detalles de su rostro, pues ya la noche avanzaba entre las colinas y se colaba por los cristales del autobús dejando sólo entrever la silueta de los pasajeros. Conversaron interrumpidamente con

el joven durante lo que quedaba del viaje y, por el tenor de la conversación, deduje que eran conocidos y que viajaban juntos. Al rato de sentarse, me preguntó si yo me dirigía a Luvina por alguna investigación. Le respondí que sí, pero con aquella reserva y prudencia de quien informa algo a un desconocido. Al parecer él lo percibió, y no volvió a dirigirme la palabra hasta cuando llegamos a nuestro destino y respondió parcamente mi saludo de despedida.

Arribé a Macuiltianguis al caer la noche. De inmediato me dirigí al Palacio Municipal y presenté mi Carta de acreditación que me había preparado Lizbeth para el Presidente Municipal. Él ya estaba en conocimiento de mi visita y me recibió con deferencia. Aquella noche pernocté en uno de los cuartos que rentaban detrás del municipio.

Al día siguiente me dirigí a San Juan Luvina. Como no había ningún carro disponible, el Regidor de educación me trasladó personalmente en una moto-taxi que era de su propiedad (recuerdo que en mitad del camino accedió amablemente a detenerse para que pudiera hacer algunas fotografías del pueblo a la distancia). Al presentarme ante el Agente Municipal para enseñarle mis credenciales, cuál no sería mi sorpresa al encontrarme con aquel hombre que se había instalado a mi costado en el autobús, pero

ahora detrás del escritorio en posesión de su cargo de principal autoridad municipal. Se llamaba Bibiano Serafín Jiménez y me dijo que había reconocido de inmediato el acento de extranjero y el tono de mi voz. Le informé que venía con la intención de conocer el antiguo pueblo de Luvina y de hacer un levantamiento fotográfico en el lugar. Tanto él, como el encargado de Bienes Comunales, después de intercambiar unas miradas que adiviné de extrañeza, me informaron que en el Luvina antiguo, al que yo pretendía dirigirme, ya nada existía, y que sólo se trataba de un sitio agreste y erial. También observé que el Agente Municipal me escrutaba minuciosamente, y cada una de sus escuetas palabras dejaba traslucir una mezcla de desconfianza y formalidad.

En el transcurso de la conversación, y sobre todo después de visitar el pequeño museo de la comunidad llamado Yessi Vani (en zapoteco: “Pueblo Vivo”), pude complementar fehacientemente alguna información que había recabado antes de mi partida. El Luvina actual había sido fundado aproximadamente a mediados del siglo XVI, luego que los habitantes del antiguo asentamiento emigraran del lugar por las sucesivas desapariciones de niños que afectaban a la comunidad, y que atribuyeron a un hombre salvaje y deforme que vivía en una cueva de las montañas, al que llamaron el Cheni-Lala (animal salvaje

con alas). Posteriormente, en el nuevo asentamiento, se sucedieron los mismos sucesos que los impulsaron a emigrar, y los habitantes decidieron mancomunarse para destruir el mal que les asolaba; le dieron caza a este extraño ser, y posteriormente le llevaron al centro del pueblo donde fue muerto a garrotazos. Finalmente le ataron una enorme piedra a su espalda y fue arrojado a un profundo pozo ubicado al fondo de un barranco. Gracias a José Ernestino, Síndico municipal del pueblo y avezado guía, pude ver y fotografiar ambos lugares en que ocurrieron estos remotos acontecimientos. Las últimas palabras del Cheni-Lala, según relatan los más viejos, fueron una verdadera profecía de maldición que hasta el día de hoy los habitantes de Luvina no olvidan: si le dejaban con vida el pueblo crecería en habitantes y se podría desarrollar, de lo contrario su población se estancaría y estaría condenada a la pobreza.

En la actualidad San Juan Luvina es un pueblo zapoteco de un poco más de 500 habitantes, y está enclavado en las montañas de la sierra Juárez de Oaxaca (a 1880 m.s.n.m.). Pertenece al Municipio de San Pablo Macuiltianguis (y no al de San Gabriel Abejones como se ha afirmado de manera inexacta). En zapoteco tiene varias acepciones, la más lóbrega y poética es “Raíz de la Miseria”(LUÚ: RAÍZ / VII-NAÁ: DE LA MISERIA). También significaría “Gente

pobre” (según el historiador y estudioso de la toponimia Rosendo Pérez). Es de suponer que tan sólo el nombre de este pueblo haya concitado el interés de Rulfo por conocer algo más del lugar. Quizás Luvina le sonaría a nombre de cielo, o tal vez de purgatorio.

Cuando este escritor recorre los caminos de Oaxaca, escribiendo y haciendo fotografías en la década del 50, Luvina era una aldea rural sumida en la miseria. Como expresión de ella, asolaban las enfermedades como la desnutrición y el paludismo. Es muy probable que Rulfo haya conocido, al menos de oídas, la ubicación geográfica de esta pequeña comunidad. A la sazón, no existían en ella caminos de terracería y menos aún automóviles. Todas las actividades de intercambio con los pueblos colindantes se realizaban a lomo de caballos o de mulas. Sólo recién en 1975, hubo una camioneta en la localidad. Me lo comentó el alcalde de Luvina, quien también recordaba que su padre viajaba a pie toda una noche y parte del día para ir a Oaxaca a proveerse de despensas y víveres.

Se ha dicho que el Luvina de Rulfo representaría, ante todo, a los pueblos de México y por extensión de Latinoamérica. En una entrevista a fondo que le hiciera Joaquín Soler de la radiotelevisión española, el escritor sostiene que ha tenido que recrear a sus personajes, revivirlos imaginándolos como él hubiera queri-

do que fueran, pues el proceso de creación no es sólo tomando las cosas de la realidad, sino imaginándolas. Lo único real, sostiene Rulfo, es la ubicación. Más adelante nos refiere que para una revista literaria se quiso encontrar y fotografiar los paisajes de “El Llano en Llamas”, pero que nunca fueron encontrados. No obstante, varias son las semejanzas que personalmente pude constatar de estos paisajes con el Luvina actual. La piedra caliza, por ejemplo, que según el cuento abunda en los cerros de la aldea descrita, y que sus habitantes llaman “piedra cruda”, es la misma piedra que se encuentra en los faldeos de los montes que rodean a este poblado, entre ellos el que está en el mero frente y que los lugareños llaman cerro de cerebro o IYA YUVI. Por otra parte, el viento que Rulfo describe en su cuento y que sopla del tal modo “que no deja crecer ni a las dulcamaras, esas plantitas tristes que apenas si pueden vivir un poco untadas a la tierra...” y “que se lleva el techo de las casas como si se llevara un sombrero de petate”, tiene su referente real en los ventarrones que arrecian durante los meses de febrero y marzo en esta pequeña comunidad.

En cuanto al modo de expresión de los personajes de El Llano en Llamas, sostiene Rulfo en la mentada entrevista, que es también inventado, “pues ellos no se expresan así”, son personas comunes y corrientes, como en todas partes, y en ellos no había nada en

especial. Si bien es acertado afirmar que los personajes literarios no se expresan necesariamente como los seres de la realidad, al fotografiar varios habitantes del pueblo de Luvina, y sobre todo a los más antiguos, pude comprobar que no se trataba de personas frecuentes que se pudiesen encontrar en cualquier sitio o localidad, sino de hombres y mujeres de rostros taciturnos, con gestos adustos y herméticos, como si estuviesen fundidos con una geografía gris y telúrica que los condicionara, al igual que los personajes de Rulfo, a un destino de abandono y soledad.

Recordemos que el escritor jalisciense, gran admirador de José María Arguedas, describe la naturaleza en función del hombre, tal cual era la idea de este peruano que sostenía que “al escritor hay que dejarle el mundo de los sueños”. Lo ideal, por tanto, no era reflejar la realidad tal cual es, sino ficcionarla. Si lo único real, entonces, es la ubicación (como sostenía Rulfo en aquella entrevista refiriéndose al escenario de sus personajes), no cabe duda que San Juan Luvina de Oaxaca fue el referente y el material inequívoco de su inspiración. De hecho en el cuento se menciona a esta aldea por su propio nombre y no otro: “usted va a ir a San Juan Luvina” se le comunica de manera perentoria a un joven maestro cargado de ideales.

En una de las tantas conversaciones que sostuve con el historiador y asesor de Antropología del Colegio de Bachilleres, Sergio Hugo Castillo (quien actualmente ejerce como Alcalde de Macuiltianguis bajo el régimen de usos y costumbres), y también con la profesora Raquel Eufemia Cruz, oriunda de este mismo poblado, llegamos a concluir que el Luvina de El Llano en Llamas no era otro que San Juan Luvina de Oaxaca, y que no existía otro lugar con las características idénticas o semejantes al cuento de mayor notoriedad de Rulfo. Esta maestra recordaba que, siendo aún una niña, su madre compraba esa piedra caliza que ayudaba a la cocción del maíz y que traían algunos caminantes desde el pueblo contiguo. Además, habiendo ejercido en la escuela de Luvina, a mediados de los años 80, había podido comprobar personalmente la situación de marginalidad que afectaba a sus habitantes; la pediculosis y la sarna arreciaban particularmente en los niños que asistían a sus clases. La pregunta de rigor en aquellas pláticas, entonces, asaltaba de inmediato e insoslayable: si hace 6 lustros la situación de esta comunidad era de abandono, ¿cómo no sería en la década el 50 cuando el escritor trabajó y fotografió por estos pagos?

Sabemos que Rulfo mantuvo durante toda su vida un cariño especial por la tierra oaxaqueña y su abigarrado mundo visual. La recorre inicialmente a mediados

de la década del 40, y posteriormente cuando trabajara para la Comisión del Papaloapan (entre 1955 y 1957). De hecho, hizo notables fotografías de paisajes, de arquitectura y retratos de indígenas en la zona mixe del estado, cuando se le encomendara, por parte de la Codelpa, la producción del un video sobre las “Danzas mixes” que realizará junto al cineasta alemán Walter Reuter, en la región del Zempoaltépetl. En lo que respecta a su producción literaria, algunos cuentos de “El Llano en llamas” aparecen entre 1945 y 1951 en las revistas *América de México* y *Pan de Guadalajara*, esta última dirigida por Juan José Arreola. El cuento de Luvina, que anticipa magistralmente la novela fantasmal de Pedro Páramo, fue escrito por Rulfo como becario del Centro Mexicano de escritores en 1952, al igual que “No oyes ladrar los perros”, otro de sus relatos más relevantes. Un año más tarde será publicado el libro “El Llano en Llamas”. Por consiguiente, si nos atenemos a las coincidencias entre las fechas de sus primeros viajes por el estado y su creación intelectual, todo amerita igualmente para confirmar que el pueblo Luvina de Oaxaca fue el referente geográfico del Luvina literario.

Después de haber compartido con los hombres de esta aldea, me imagino a un treintañero Juan Rulfo recorriendo a lomo de caballo por los senderos pedregosos de la Sierra Madre de Oaxaca. Pienso en

los maestros educadores que van a tantos Luvinas, o a los centenares de pueblos olvidados de México o de Chile, a enfrentarse cada día con aquellas realidades de carencia que nos hermanan y nos identifican. Pienso en nuestras clases políticas, absortas en sus cenáculos, esgrimiendo altisonantes y ufanas sus “vocaciones de servicio”, esas pobres y tristes metáforas avaladas sólo por el poder que las aísla. Y es que “el gobierno no tenía madre”, le responden enfáticos los lugareños de Luvina al humilde profesor que intenta, infructuosamente, convencerlos de que la madre del gobierno “era la Patria”, y que abandonarían este poblado moribundo en busca de mejores tierras porque el gobierno les ayudaría. Desde El Laberinto de la Soledad evoco, entonces, las palabras admonitorias de Octavio Paz, que me advierten que aquel que no tiene madre es el “hijo de la Chingada”, el mero engendro de una violación que viene ya de lejos, y que devendría en el chingón actual, impasible y sin escrúpulos, cuya existencia redundaba en la fatal división “de la sociedad en fuertes y débiles”, en el poder cínico del chingón y la impotencia del que ha sido chingado por años o por siglos, y cuyos muertos se resisten a ser dejados en el olvido.

Yo jamás pensé conocer el Luvina de Rulfo, yo jamás pensé conocer a los habitantes de San Juan Luvina. “Mire las maromas que da el mundo”, le dice

el antiguo profesor al joven maestro que arribará dentro de pocas horas a ese pueblo polvoriento, en el que ya ni perros hay que le ladren al silencio. Y es tan cierto, y es tan rotundo, que en cada viaje es preciso detenerse y reparar en esas vueltas que nos depara la vida, y que son las que dejan huellas indelebles en nuestro espíritu, como aquellos surcos profundos que dejan la desolación y la tristeza en los rostros de los hombres y mujeres humildes.

Dentro de pocas horas también, casi de madrugada, estaré arribando a un frío aeropuerto en el extremo sur del mundo. Será el fin de este viaje y el final de mi partida. Y cuando las rotativas estén aún imprimiendo las páginas de este Suplemento, resonarán disonantes en mis oídos los saludos y los lugares comunes de aquellas bienvenidas familiares a las que nunca me acostumbro. Guardaré, entonces, el silencio de los muertos y de los vivos impertérritos que conocí en Luvina, ese mismo silencio que habita en todas las soledades, que viene de las altas montañas y de las hondas barrancas de nuestros pueblos, y también de las cimas del alma, cuando la mirada se torna ensimismada, cuando el viaje es una forma de ensayarse y construirse desde afuera hacia adentro, para intentar volcar luego lo mejor de uno mismo, convertido ya en palabras.

Habitantes de San Juan Luvina

Fotografías del autor



Foto: Ramón Ángel Acevedo Arce (Rakar)

Foto: Ramón Ángel Acevedo Arce (Rakar)

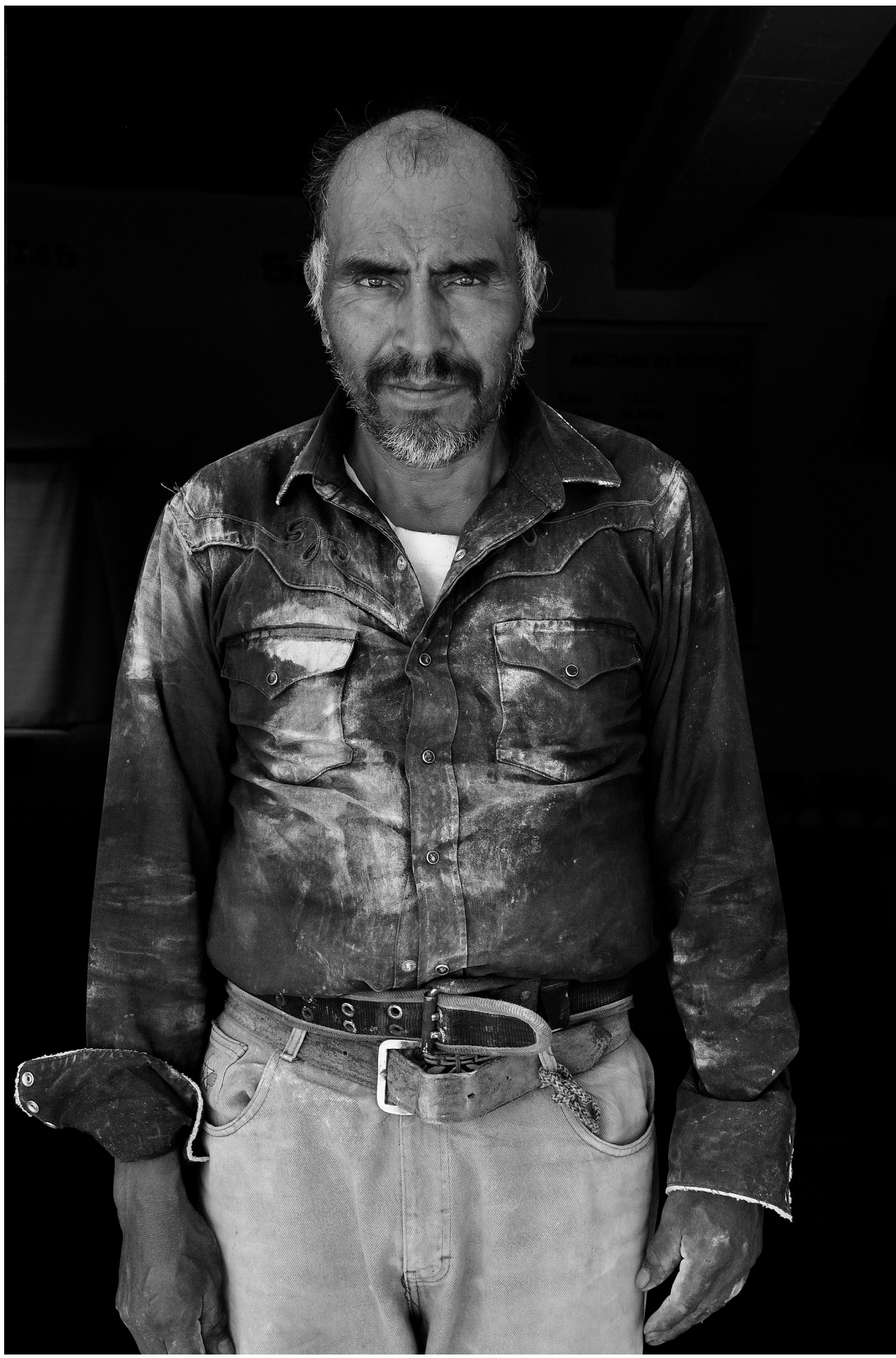


Foto: Ramón Ángel Acevedo Arce (Rakar)

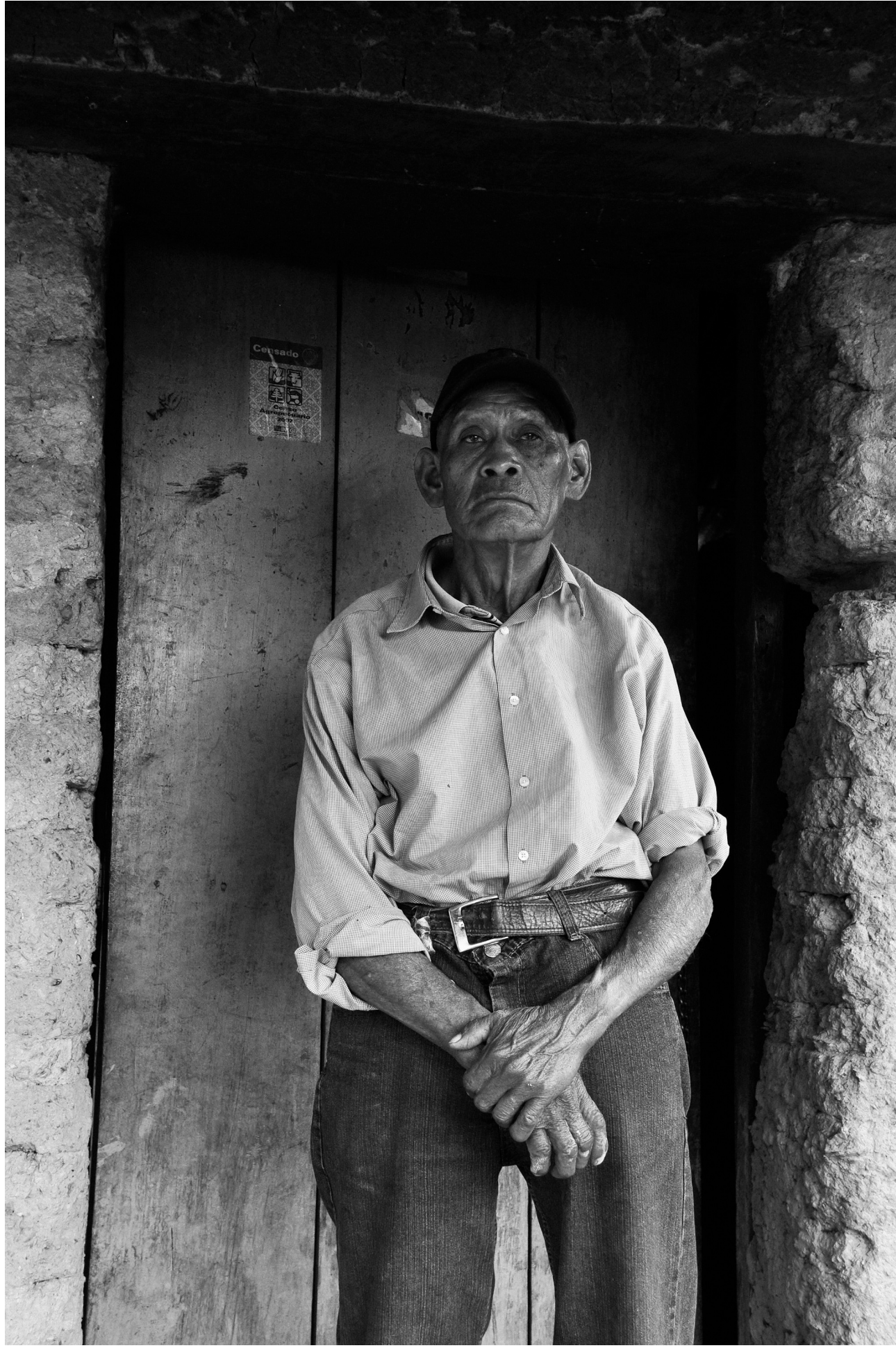


Foto: Ramón Ángel Acevedo Arce (Rakar)



Foto: Ramón Ángel Acevedo Arce (Rakar)



Servicios editoriales

www.ficcionales.com

+51 960566739



- CORRECCIÓN DE ESTILO
- DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN
- ASESORÍAS DE ESCRITURA

¡Llevemos tu libro al siguiente nivel!

Descuento válido del 01/11/2021 al 31/12/2021

www.ficcionales.com

